

LA POLÍTICA DE LA MEMORIA: MOLDEAR EL PASADO PARA CONSTRUIR LA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA (LA URSS Y EL ESPACIO POSTSOVIÉTICO)

Olga Novikova

Nuestra memoria consciente todavía no ha incorporado de una forma suficiente esta experiencia.

En consecuencia, nuestro subconsciente no puede liberarse del todo de ella.¹

S. S. Avéritsev

Introducción

En la Rusia actual el tema de la memoria histórica ocupa cada vez un espacio mayor, siendo objeto frecuente de estudios académicos, apareciendo de forma regular en las páginas de revistas y periódicos, salpicando a menudo los discursos de los políticos. Todo indica que se está gestando una nueva batalla por la memoria. Como todas las batallas de este tipo, el combate que se avecina es, sobre todo un enfrentamiento ideológico.

En la espera de esta nueva guerra por el monopolio de la memoria, conviene recordar el pasado reciente: la política de la memoria que caracterizó los años de la transición rusa.

Hace poco menos de veinte años Mijaíl Gorbachev anunció que el objetivo final de sus reformas era la democratización de la URSS. Esta tarea implicaba no sólo la transformación de las instituciones, sino algo mucho más delicado y complejo: la implantación de nuevos valores en la sociedad. Uno de los elementos clave de esta complicada operación fue la nueva política de la memoria que arrancó en aquellos años. Esta nueva política gorbacheviana supuso una radical ruptura con el monopolio del Partido Comunista sobre la memoria, lo cual resultó

ser una sorpresa tanto para los observadores extranjeros como para los propios soviéticos. ¿Cómo se gestó esta revolución de la memoria? ¿Cuáles eran los problemas a los que se enfrentó la política de la memoria? ¿Hasta qué punto han sido aceptados sus planteamientos?

En el presente artículo intentaremos ofrecer algunas respuestas a las cuestiones planteadas. Dado que la extensión del texto ha de atenerse a unos límites, se hablará sobre todo de una época concreta (1953-2007) y de un determinado territorio, el de la Federación Rusa, aunque se mencionen los procesos que tuvieron o tienen lugar en algunas de las otras antiguas repúblicas soviéticas.

Es preciso indicar que la autora de este artículo vivió dentro de la sociedad soviética durante muchos años del periodo analizado, pero también ha estudiado y trabajado muchos años en España. Esta combinación de experiencias, esta doble posición como testigo e investigadora, ha hecho posible el siguiente trabajo, permitiendo a la vez recurrir a los recuerdos personales de los acontecimientos que se describen y al mismo tiempo distanciarse de ellos, así como valorar la distancia entre un texto y su percepción emocional, entre el discurso y el significado que se le atribuyó en su momento.

La situación ideológica anterior a la Perestroika

En Occidente se suele definir el régimen político imperante en la Unión Soviética después de la Revolución de Octubre como totalitario. Se subraya asimismo la enorme presión ideológica que el partido bolchevique ejerció sobre el conjunto de la sociedad. Tales afirmaciones, no obstante, eluden el hecho de que el régimen soviético duró más de setenta años, a lo largo de los cuales tuvo que adaptarse a un entorno exterior muy variable y a unos profundos cambios sociales internos y, en consecuencia, sufrió múltiples transformaciones, al igual que sucedió en otros estados europeos.

Durante la Guerra Fría estas representaciones más bien simplistas fueron reforzadas por el mito según el cual el poder político en Rusia (las otras catorce repúblicas que constituían la URSS recibieron una atención mucho menor por parte de los medios de información occidentales) siempre había sido autoritario, violento y represivo, y siempre lo seguiría siendo. También se declaró que, dentro de la familia de los pueblos europeos, Rusia había sido siempre y seguía siendo un caso aparte.² Tal mito, como suele suceder con los mitos, demostró tener una gran vitalidad a pesar de los reiterados intentos de muchos historiadores de ofrecer una visión más equilibrada.³

Pero, si la descripción de la URSS como una sociedad totalitaria a lo largo de toda su historia es criticable desde el punto de vista académico, su aparición, que se produjo en la década de 1940 en los Estados Unidos, no deja de tener una lógica interna. Recientemente un historiador francés ha recordado el marco en el que apareció la «escuela totalitaria» de los soviólogos americanos:

La América de finales de la década de 1940, después de su victoria sobre Alemania, debió justificar su compromiso total –no sólo militar y diplomático, sino también ideológico, cultural y mediático– en el combate que emprendió contra la URSS. El

empleo del concepto de totalitarismo –tal como acababa de ser definido por Hannah Arendt– para describir la realidad soviética permitía realizar un acercamiento entre el nazismo y el comunismo. El objetivo principal de este paso no era producir una historia social informada y matizada, sino reforzar la legitimidad del modelo democrático occidental, presentándolo como opuesto a los regímenes llamados totalitarios. Este método de comparación por oposición alimentaba el miedo hacia el Otro y mantenía la movilización de los espíritus en la guerra contra un nuevo enemigo.⁴

Diez años más tarde, no obstante, los planteamientos de la escuela de los totalitaristas fueron contestados por una nueva escuela de soviólogos americanos: los revisionistas. Estos últimos deseaban «despolitizar el discurso sobre la URSS». La escuela produjo algunos de los investigadores más brillantes de la historia de la URSS. Sin embargo, también la aparición de esta escuela estaba ligada a las necesidades de la política exterior de los Estados Unidos, cuando ésta giró hacia la «coexistencia pacífica» (1956-1962, 1972-1980). Con la vuelta al poder de los partidarios de la línea dura regresaron los «totalitaristas». Tras la desaparición de la URSS, fueron ellos los que tuvieron un acceso preferente a los medios y lograron imponer su punto de vista.

Los entresijos de las luchas internas entre los diferentes grupos del mundo académico norteamericano y su dependencia con respecto a las instituciones para obtener la financiación de sus proyectos son todavía poco conocidos,⁵ a pesar de que su influencia en la visión de la sociedad soviética existente en el mundo occidental ha sido determinante.

En las páginas que siguen intentaremos aportar argumentos a favor de la tesis según la cual el término «totalitarismo» sólo puede ser aplicado a un determinado periodo del régimen soviético: desde la segunda mitad de la década de 1930, cuando Stalin se empeñó en sofocar la resistencia interna del Partido Comunista, hasta la muerte del tirano en 1953.

El deshielo (1953-1968) y la memoria histórica

Tras la muerte de Stalin en 1953, la política del Estado soviético tomó un rumbo distinto. A pesar de que al principio los avances eran lentos y a veces se veían seguidos por retrocesos, el cambio era evidente tanto para los defensores del régimen como para los descontentos. El título de una novela del escritor Ilya Erenburg, *Deshielo* (1954), que aludía al largo invierno estalinista, dio nombre a aquel periodo.

Justamente durante el *deshielo* aparecieron nuevas interpretaciones de la historia que rompieron para siempre la monolítica uniformidad que dominó el paisaje ideológico soviético después de las grandes purgas de 1936-1939. El proceso de transformación de la sociedad soviética se aceleró después del famoso discurso pronunciado por el entonces Secretario General del PCUS, Nikita Khrushchev, en el XX Congreso del Partido (febrero de 1956). Khrushchev, que pertenecía a la generación que había combatido en la Guerra Civil, denunció públicamente los crímenes cometidos por su predecesor. Se inició entonces el proceso de rehabilitación de las víctimas del «gran terror» (según la expresión de R. Conquest),⁶ y el reconocimiento oficial de la inocencia de la mayoría de los condenados. Unas ciento cincuenta personas del temible Ministerio del Interior, incluido su siniestro titular, Lavrenti Beria, fueron juzgados y condenados a la ejecución o a largas penas de prisión.

Sin embargo, para la generación de bolcheviques que habían hecho la revolución y luchado en la Guerra Civil, el reconocimiento de que sus condenas habían sido injustas llegó demasiado tarde: tras las purgas, el partido de Lenin se había convertido en el partido de los fusilados,⁷ y los supervivientes de aquella gran matanza nunca pudieron volver a la vida política. Los cargos dirigentes del partido y del estado estaban ocupados por la nueva élite

construida durante los años del estalinismo, los llamados *vydvizhentsy* («promocionados»)⁸. A diferencia de la generación de los revolucionarios, muchos de los cuales habían nacido en el seno de familias burguesas o de clase media, la cohorte comunista de la Revolución cultural, los *vydvizhentsy*, habían sido seleccionados por sus orígenes obreros o campesinos en los años del primer plan quinquenal (1928-1932), y lo debían todo al partido: sus estudios, su carrera, la mejora de su posición social. En pocos años cursaron un abreviado programa de estudios secundarios y superiores y disfrutaron de una rapidísima ascensión social gracias a los cientos de miles de plazas vacantes dejadas por las purgas de 1936-1939.

Los representantes de otras tendencias ideológicas que lograron sobrevivir al terrible «terremoto humano»⁹ fueron relegados, al igual que los primeros comunistas, a una vida exclusivamente privada. No obstante, la desestalinización de los años de Khrushchev permitió que saliese a escena la nueva generación que en gran medida protagonizó la *perestroika* y que todavía ejerce una considerable influencia en la política y la cultura rusa: es la llamada «generación de los años sesenta» (tanto los políticos, sin excluir al propio Mijaíl Gorbachev, como la mayoría de los intelectuales que apoyaron la *perestroika* pertenecían a esta generación). Los «sesentistas» (*shestidesiatniki*) pronto se dividieron en diferentes grupos. Los más importantes fueron los nacionalistas (irónicamente llamados «patriotas») y los liberales, que deseaban una mayor apertura del país. La separación definitiva entre estos dos grupos sólo se produjo después de la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia (1968).

Para que se entiendan correctamente, los términos «nacionalista» y «liberal» deben ser explicados, ya que el significado que se les da en Rusia es diferente del que suelen tener en Occidente. En la Europa occidental, el nacionalismo se entiende sobre todo como el

llamado «nacionalismo civil», que interpreta la nación como una comunidad erigida sobre el principio de la ciudadanía, y, por lo tanto, el nacionalista ve a todos los miembros de su sociedad como sus eventuales aliados. En la URSS, en cambio, la construcción de la nación soviética se basó en otro principio: según la teoría marxista-leninista, influenciada por la dialéctica de Hegel, las etnias soviéticas debían primero alcanzar su máximo desarrollo para fundirse luego en una sola nación durante el comunismo. La pervivencia de la identificación étnica preservó, y en ocasiones aumentó, los odios interétnicos, incluido el antisemitismo. Precisamente este último, según Nikolái Mitrojin, reputado historiador del nacionalismo ruso, resultó ser el vínculo común entre los nacionalistas monárquicos y los nacionalistas estalinistas, ya que todos ellos compartían la idea de la necesidad de concentrar todo el poder del estado en las manos de la etnia «dueña del Estado», excluyendo a los demás competidores.¹⁰ Los nacionalistas también creían en el destino único de su país y en la imposibilidad de aplicar en él las formas políticas y culturales de otros países, en primer lugar los occidentales.

El grupo de los liberales incluía un amplio abanico de opciones ideológicas: desde los marxistas, que deseaban construir el socialismo democrático, hasta los defensores del liberalismo a ultranza. El vínculo común que unía este grupo tan dispar era el deseo de introducir reformas democráticas y de derribar el telón de acero. Según su más profunda convicción, Rusia pertenecía a la familia de los pueblos europeos. Los liberales percibían como una tragedia el aislamiento del país que se había instalado después de la Revolución Rusa, y desarrollaron una forma peculiar de nostalgia de Europa, a pesar de que su imagen de Europa Occidental era puramente imaginaria, o tal vez gracias a ello. La actitud de ambos grupos con respecto al poder soviético era, como veremos más adelante, compleja.

La infancia de los «sesentistas» tuvo lugar en el ambiente de idealización romántica de las grandes figuras de la Revolución y la Guerra Civil que fue característico de los años 1920-1930. El pasado zarista se rechazaba en su totalidad como una época de atraso, ignorancia y explotación. Evocar de una forma positiva cualquier episodio de ese pasado milenarista significaba correr el riesgo de ser acusado de nacionalismo ruso y, en consecuencia, condenado. Así, entre los años 1929 y 1930 la policía secreta, la temida GPU, fabricó la llamada «causa de la Academia de Historia», acusando a un nutrido grupo de historiadores de pretender la restauración de la monarquía: ochenta y cinco historiadores de renombre, entre ellos cuatro académicos, fueron condenados a diversas penas.¹¹ El verdadero motivo de estas detenciones fue la resistencia que esos historiadores habían mostrado a la hora de aceptar las tesis oficiales de la historia de Rusia. En este sentido, el juicio debía ser un castigo para los condenados y un ejemplo intimidatorio para los demás. Sobra mencionar que semejante visión del pasado que se imponía desde arriba implicaba una ruptura radical con las interpretaciones no bolcheviques de la historia.

A partir de 1938, la proximidad de una nueva guerra mundial llevó a la revisión de la política de la memoria histórica: se recuperó una parte de la simbología nacional rusa y comenzó a moderarse paulatinamente la persecución contra la iglesia ortodoxa rusa, que, hasta ese momento, había sido acosada sin piedad. La propaganda oficial rescató del olvido a los héroes que habían luchado contra las invasiones extranjeras, sin excluir a los miembros de la realeza. En ocasiones, los príncipes o los zares de Rusia podían convertirse en protagonistas de obras de arte, como el soberano medieval Alexandr Nevski, cuya victoria sobre los caballeros de la Orden Teutónica constituyó el argumento de la famosa película de S. Eisenstein (1938). Estas grandes figuras heroicas, aparte de recordar las páginas gloriosas de la historia

nacional, cumplían otra función: debían llenar en la memoria popular el vacío dejado por los héroes de la Revolución desaparecidos en la vorágine de las purgas estalinistas.

En los primeros años de la Guerra Fría, (1945-1953), las tendencias nacionalistas, cada vez más xenófobas (dirigidas contra el enemigo externo) y antisemitas (contra la «quinta columna» de Occidente dentro del país), se reforzaron, a la vez que se incrementaba el culto a Stalin. La omnipresente figura del líder llenaba en los lienzos de los pintores o en las páginas de los libros el sitio que habían ocupado en la Revolución o la Guerra Civil personajes como Trotski, Bujarin, Zinoviev o el propio Lenin. Pero, tras la muerte de Stalin, tanto Nikita Khrushchev como otro influyente miembro del Buro Político, Anastas Mikoyan, criticaron duramente la falsificación de la historia y llamaron a revisar las tesis estalinistas.¹²

No es de extrañar que los sesentistas, que habían presenciado tantos cambios en la interpretación del pasado, tantos intentos de borrar la memoria sobre determinadas personas y hechos, mostrasen un gran interés por establecer otra versión de la historia, esta vez independiente de la oficial. Dado que ambos grupos –tanto los «liberales» como los «patriotas»– desconfiaban de los documentos enterrados en los archivos históricos, o carecían de acceso a ellos, optaron por sustituir las fuentes escritas por los testimonios de los testigos oculares, la historia oficial por la memoria popular. Era el principio del final del monopolio de la historia que se había forjado durante el estalinismo a costa de duras represiones.

Tanto los «liberales» como «los patriotas» buscaron el contacto con los supervivientes del bando perdedor, que vivían en el anonimato de la vida privada: los monárquicos, los mencheviques, la izquierda no marxista, los filósofos que habían participado en el innovador renacimiento religioso de principios del siglo XX, los miembros de la vanguardia

artística y los representantes del saber humanitario de la década de 1920, cuyos métodos avanzados (recuperados en la década de 1980 en Occidente) habían sido criticados como no marxistas: los formalistas, los antropólogos culturales, los historiadores de la religión.

Un destacado miembro del partido ruso de los «patriotas», el crítico literario Vadim Kózhinov, recordaba: «En los años sesenta yo me encontraba, por así decirlo, en la postura de la Guardia Blanca. Existía un grupo de gente que veneraba al general Kornílov o a Kolchak».¹³

Curiosamente, los lugares de «peregrinaje» de los liberales o los «rusitas» (otro nombre irónico de los «patriotas») en aquella época podían coincidir: ambos grupos estaban interesados en acercarse a los filósofos Mijaíl Bajtín y Alexéi Lósev, a la viuda del poeta Osip Mandelstam (Nadezhda Mandelstam, cuyas memorias *Contra toda esperanza* se publicaron en Occidente), a Elena Bulgáкова, viuda de uno de los más brillantes escritores del siglo XX, Mijail Bulgákov, a los filólogos de la marginada escuela formalista, Lidia Guínzburg y Víctor Shklovski, o a los grandes poetas Anna Ajmátova y Boris Pasternak. La batalla por trazar la filiación de las ideas de cada grupo y de vincularlas a los prestigiosos nombres de la cultura rusa que no se hallaban comprometidos por su alineación con el régimen soviético empezaba en aquellos años. Gracias a los encuentros con estos representantes de la Edad de Plata de la cultura rusa,¹⁴ ambos grupos empezaron a elaborar su propia versión de la historia del país, alternativa a la oficial y fuertemente basada en la memoria oral.

Las memorias, como género, se basan tanto en el arte de recordar como en el arte de olvidar y, por lo tanto, tampoco pueden ser consideradas como una fuente objetiva para establecer la verdad de los hechos. Sin embargo, esta conocida tesis pareció pasar a un segundo plano en la época en que los intelectuales experimentaban la inmensa alegría de descubrir

EL PASADO DEL PRESENTE

nuevas interpretaciones de acontecimientos conocidos que llevaban, además, el sello de la autenticidad que tiene el relato de un testigo. Los sesentistas vivían así la recuperación de la memoria de los perdedores, una memoria marginada, como una superación de la ruptura cultural entre su propia generación y la última generación prerrevolucionaria, que había protagonizado la brillante explosión artística de los años 1910-1920. No obstante, en este diálogo generacional, los mayores percibieron con agudeza que los sesentistas eran el primer gran grupo de la *intelligentsia* rusa que después de un siglo y medio rechazaba o era indiferente a los ideales sociales:

En la cultura se extinguió la experiencia histórica, la acumulación, de la que brota la novedad. Categorías ficticias sustituyeron la experiencia artística del contenido real. Ahora ellos quieren entrar allí y buscan el eslabón perdido. (...)

Para nosotros lo político, lo histórico, lo social son categorías indestructibles, las cuales se han convertido en nuestra sangre, han pasado la prueba de sangre. Ellos nunca podrán creer en esta verdad, porque el camino hacia ella está vedado por las fórmulas conocidas [de la propaganda soviética – O.N.].¹⁵

Textos demasiado radicales para ser permitidos por la censura (cuyo celo, por otro lado, había disminuido durante el deshielo, aunque no había desaparecido) se publicaban en ediciones artesanales, el *samizdat* («autopublicación»). Un poco más tarde aparecieron los libros de *tamizdat* («ediciones extranjeras»), en su mayoría editados en Occidente por la emigración blanca. Tanto los primeros como los segundos circularon extensamente entre los intelectuales, pese a las periódicas detenciones de sus distribuidores.

A pesar de todos estos signos de desobediencia, sería simplista presentar la relación de los sesentistas con el poder en términos de oposición y represión. La situación real era más complicada. Cada grupo tuvo miembros

radicales que se enfrentaron con el poder de una forma decidida, dando origen al movimiento disidente. En aras de la objetividad cabe mencionar, no obstante, que el número de disidentes era mucho mayor entre los liberales, mientras que los nacionalistas generalmente se adaptaban al sistema con mayor facilidad. El grueso de ambos grupos, en cambio, prefirió adoptar una postura que tenía profundas raíces históricas en la Rusia prerrevolucionaria. Esta postura, que podría ser descrita con la palabra rusa *fronda* (derivada del francés: *fronde*) es típica de los autoritarismos blandos, donde la expresión política del descontento es imposible, pero el régimen existente no es lo suficientemente temido como para que se renuncie a intentarlo. La *fronda* permitía a la vez formar parte del sistema, ocupando a menudo posiciones elevadas en la escala social, beneficiarse de todos sus privilegios y al mismo tiempo criticarlo desde «fuera», como si no se participara en su funcionamiento. Uno de los sesentistas dijo en una entrevista que su generación combinaba «la forma de pensar capitalista» con las ventajas de la economía socialista:

Ahora tenemos la libertad, pero no podemos frecuentar los mejores restaurantes. (...) Aquella combinación de la bonanza material y el trabajo espiritual fue precisamente el rasgo de los años 1960-1970.¹⁶

La *fronda* implicaba también la posibilidad de identificar como los «nuestros» a otros críticos del sistema, de formar con ellos una alianza no escrita de ayuda mutua e incluso socorrer en ocasiones a los disidentes, a condición de que esta ayuda no pusiera en peligro la posición del propio defensor dentro del sistema. Tanto los liberales como los patriotas contaban con simpatizantes en las altas esferas del poder, como los comités urbanos del Partido e incluso el Comité Central.¹⁷ Los poderosos también participaban en la *fronda*. La justificación moral de esta actitud era el propósito de «ensanchar los

el discurso de Krushev fue el comienzo, y no el final, de la investigación de las causas de la tragedia:

La muerte de los inocentes debe producir no una nueva ejecución, sino una idea clara, una palabra exacta. (...)

No me atrae la venganza. Hablo del juicio efectuado por la sociedad, no de un juicio criminal. A pesar de que los delatores, los verdugos y los provocadores han merecido plenamente la pena capital, nuestro pueblo no merece ser nutrido con nuevas ejecuciones. (...)

Quiero que se investigue la máquina que convertía a una persona llena de vida y floreciente de actividad, en un frío cadáver, y que se investigue hasta su tuerca más pequeña. Quiero que esta máquina sea sentenciada, y que la sentencia se pronuncie en voz alta. Esta cuenta no puede saldarse con un tranquilizador «pagado»; hemos de deshacer el ovillo de las causas y las consecuencias, desatar un nudo tras otro... (...)

¿Qué nos llevó a esta desgracia sin precedentes?
¿A esta absoluta falta de protección de las personas ante la máquina que se les echó encima? (...)
¿Por qué fue posible? Aquí hay un gran trabajo para los historiadores, los filósofos y los sociólogos. Pero *sobre todo para los escritores*. [la cursiva es mía – O.N.] (...) Hay que llamar a la gente, tanto a los mayores, como a los jóvenes, para que participen en el valiente trabajo de reflexión sobre el pasado y así podamos ver con más claridad los caminos que llevan al futuro.²⁰

A finales de la década de 1950 varios escritores, entre ellos Varlaam Shalamov, Lidia Chukóvskaia, Vasilii Grossman; Yuri Dombrovski y Evguenia Guínzburg, intentaron sin éxito publicar obras literarias cuyo tema eran las represiones estalinistas. Finalmente, en 1962 fue publicado el relato de Alexandr Solzhenitsyn, *Un día de Iván Denísovich*, que inmediatamente lo convirtió en un escritor de enorme fama y en la figura central de esta tarea de investigación y reflexión sobre el pasado. Pero la publicación de otras obras similares no fue posible, pese a los múltiples esfuerzos emprendidos, ya que sobrepasaban los límites impuestos por la des-

horizontes» (citando una canción del cantautor Vladímir Vysotski),¹⁸ extender los límites de lo permitido. Hay que admitir que su labor en este sentido, lenta y paulatina, combinada con la acción de los disidentes, se saldó con el éxito, pese a todas las dificultades encontradas.

Afirmar que el espacio de la libertad en la URSS se iba extendiendo desde el año 1953 es una banalidad necesaria. Lo que era totalmente aceptable en 1962 habría sido impensable en 1953. Lo que parecía normal en 1973, unos diez años antes se habría percibido como una osadía, cuando no una acción perseguida judicialmente. La *intelligentsia* soviética conquistaba el espacio de libertad, promovía la liberalización, sufriendo bajas, pero contribuyendo a la modernización del espacio cultural y social.¹⁹

Uno de los principales temas del combate por «ensanchar los horizontes» era el de las represiones estalinistas. Khrushchev denunció los crímenes de Stalin, pero criticó la primera obra literaria que describió las represiones: la novela de V. Dúdintsev, *No sólo de pan* (1956), dando a entender claramente que la desestalinización que él ofrecía era una medida controlada.

En la Rusia zarista del siglo XIX, en unas condiciones en que la verdadera lucha política era imposible, la literatura desempeñaba el papel del escenario en que chocaban las ideas políticas. En la URSS, la literatura no perdió su función política, sino que la reforzó: a la literatura y al arte en general se les asignó la tarea de educar a las masas. Por eso el poder oficial reaccionó de una forma negativa al ver que la literatura abandonaba la narración de los ejemplos edificantes para centrarse en lo que en la jerga del Partido se llamaba «violaciones de la legalidad leninista». La postura oficial mantenía que, dado que las represiones estalinistas habían sido denunciadas y las víctimas rehabilitadas, no había por qué detenerse más en esta dolorosa cuestión. Sin embargo, para los representantes de la *intelligentsia* liberal,

EL PASADO DEL PRESENTE

estalinización del Partido. Khrushchev denunció la detención y condena de los comunistas leales, pero los escritores en cuestión hablaban de un sistema de represión cuyas víctimas no eran sólo los comunistas, sino el propio pueblo. Varlaam Shalamov, que había pasado en el Gulag media vida, escribió sobre la sorprendente crueldad de los campos estalinistas, sobre el absoluto abandono de las ideas humanistas que habían inspirado la tradición revolucionaria rusa. Vasili Grossman mostró la misma opresión del libre espíritu humano bajo el comunismo y bajo el nacional-socialismo. Boris Pasternak describió la destrucción de la *intelligentsia* rusa durante los años de la Guerra Civil y el estalinismo.

El trabajo de reflexión y revisión del pasado no sólo se limitaba a la literatura, aunque la labor de los escritores fuera la más influyente. Algunos historiadores jóvenes intentaron introducir la polémica sobre las acostumbradas interpretaciones del pasado, pero fueron reprimidos.²¹

Finalmente, la dirección del Partido Comunista, dominada en aquellos momentos por la generación de los *vydvizhentsy*,²² decidió cerrar toda discusión sobre el pasado traumático. La intervención de las tropas del Pacto de Varsovia para acabar con el experimento checoslovaco, en la primavera de 1968, demostró a todos que el *deshielo* había llegado a su fin.

La política de la memoria durante los años de «estancamiento» (1968-1985)

El periodo comprendido entre los años 1968 y 1985, que corresponde al largo gobierno de Leonid Brézhnev (1964-1982) y a los efímeros gobiernos de Yuri Andrópov (1982-1984) y Konstantin Chernenko (1984) recibió el nombre de «estancamiento» en la época de Gorbachev. Aunque el término sea equívoco, ya que ese periodo estuvo marcado por profundas mutaciones que todavía no han sido suficientemente estudiadas por los histo-

riadores, lo utilizaremos en este trabajo dada su vasta aceptación y difusión.

El final de las reformas y la vuelta a la línea dura que se suelen asociar al estancamiento sólo guardaron un parecido superficial con los años del estalinismo. En realidad, la lucha ideológica se había apaciguado, y también había desaparecido el deseo de imponer a la población los ideales del comunismo, tras haberlos purificado de las «desviaciones» estalinistas, que todavía se vio en los años de Khrushchev. Un chiste soviético resumía la esencia de aquella época: «Los jefes hacen que nos pagan, nosotros hacemos que trabajamos». El *estancamiento* fue un tiempo de apariencias. Nadie exigía que uno fuera comunista, bastaba con aparentarlo.

Pese a la prohibición oficial de seguir insistiendo en los momentos dolorosos del pasado, la reflexión sobre la memoria traumática continuó, extendiéndose gradualmente y abarcando nuevos grupos de la población. Ahora que la presión del poder se había aflojado, era más fácil desarrollar ideas novedosas y elaborar nuevas interpretaciones del pasado. Tanto los estudios históricos²³ como los testimonios de personas que vivieron en aquellos años en la URSS²⁴ apuntan a que fue justamente entonces cuando se realizó el ingente trabajo intelectual que permitió a la sociedad liberarse del marxismo como ideología única y buscar proyectos alternativos para el desarrollo del país.

Uno de los más importantes cambios ideológicos que se produjeron durante aquella época, según la historiadora italiana Maria Ferretti, consistió en la aparición de una amplia «zona gris» cada vez mayor entre la «zona diurna» de la realidad oficial y el «área oscura» de la clandestinidad y la disidencia:

Después de la llegada de Brézhnev al poder, la presión ideológica fue disminuyendo cada año. (...) El deseo de convencer a cualquier precio fue dejando lugar al compromiso: si públicamente la gente debía jurar su lealtad a las ideas y los símbolos comunistas, en su vida privada podía sos-

tener toda clase de opiniones. (...) En estos espacios que el poder no controlaba surgió la «zona gris» que menciono arriba. No del todo pública y tampoco del todo clandestina, se hallaba cercana a la clandestinidad sin pertenecer a ella en sentido estricto: en las universidades y las instituciones científicas se organizaban seminarios «de acceso restringido» y «semi-restringido»; en las casas particulares se celebraban jornadas temáticas, etc. En este espacio nacían y se enfrentaban puntos de vista alternativos al oficial. Allí se distribuía la literatura prohibida. Los límites de esta zona estaban muy poco definidos: podían coexistir las posturas más enfrentadas en cuanto al poder, desde la disidencia (otro fenómeno que no habría podido aparecer en otras épocas) hasta una cierta inclusión en el *establishment*. Podríamos describir esta zona como una sucesión de círculos concéntricos con la disidencia en el centro: desde este centro las ideas se transferían a esferas más amplias, y este proceso se realizaba sin interrupciones.²⁵

En aquellos años la sociedad experimentó también otros procesos que tuvieron consecuencias importantes para el asunto que nos ocupa. La ideología marxista perdió su atractivo para la mayoría de la población, incluidos los miembros del Partido Comunista,²⁶ lo cual, entre otras cosas, contribuyó a modificar la percepción de la historia. El marxismo, heredero de las ideas de la Ilustración y de la filosofía hegeliana, ofrecía una visión de la historia basada en la idea del progreso. En la práctica esto significaba que el curso de la historia se percibía como un ascenso gradual y constante hacia la cumbre de una sociedad ideal. El perfecto orden social, el comunismo, iluminaba con su potente luz, como un faro, toda la senda que restaba por andar. El pasado quedaba atrás, en la oscuridad, quedando en la penumbra únicamente el brillo de las piedras miliare que habían marcado los grandes avances en ese camino.

La renuncia a la ideología marxista hizo que cobrara fuerza un nuevo modelo histórico arraigado en la idea de un futuro incierto, im-

previsible y, por lo tanto, privado de su antiguo atractivo. El futuro había perdido su papel dominante en la ideología y su lugar fue ocupado por el pasado, que empezó a verse como el receptáculo donde se atesoraban los valores eternos, las claves de la identidad nacional, así como las respuestas a los problemas que planteaba la actualidad. El creciente interés por el pasado se volvía tanto más intenso cuanto más se negaba la vinculación de las épocas anteriores con el presente. El pasado empezó a percibirse como algo irrevocablemente perdido, irrecuperable, a la par que trascendental, casi sagrado, cuyos más mínimos vestigios debían ser cuidadosamente reconstruidos.²⁷

La nueva actitud hacia el pasado se manifestó en la aparición de un movimiento literario cuyos representantes idealizaban el desaparecido mundo rural, las formas de vida tradicionales destruidas por la rápida modernización del país.²⁸ En el seno de este movimiento, que encontró admiradores en los círculos más altos del poder soviético, se desarrolló, de una forma semilegal, una ideología nacionalista, cuyas primeras bases habían sido sentadas durante el *deshielo* y que reclamaba para sí, sin demasiado fundamento, la herencia eslavófila.²⁹ La mayor parte de los escritores-ruralistas pertenecieron al partido de los «patriotas» en los años del *deshielo* o se sumaron a él más tarde.

En el otro lado del espectro ideológico, como antes, se encontraban los llamados «liberales», quienes buscaban en la realidad de Occidente, igualmente idealizada, las respuestas a la crisis en que cayó la sociedad soviética en la década de 1970. Los filósofos, economistas, historiadores o sociólogos «liberales» trasladaban a la ciencia soviética las ideas y los procedimientos occidentales, las personalidades artísticas se encargaban de cultivar en el suelo nacional los movimientos del arte occidental contemporáneo, adaptándolos y domesticándolos.

Como ya se dijo, ambos grupos contaban con apoyos en lo más alto de la *nomenklatura*

soviética,³⁰ y ambos actuaban en lo que en la época se llamaban «nichos de la realidad». El recuerdo de uno de estos «nichos» resguardados del frío viento de la oficialidad se guarda en la memoria de la autora de este artículo,³¹ quien colaboró durante algunos años en la edición de textos destinados a lo más selecto de la élite comunista. Se trataba de publicaciones anuales que llevaban el sello de «acceso restringido» y que estaban libres de cualquier tipo de censura. Estas ediciones «de acceso restringido» incluían traducciones de las obras más actuales del pensamiento occidental y también análisis de las principales corrientes ideológicas de la Europa Occidental y los Estados Unidos. Los autores que trabajaban para estas ediciones provenían del mundo académico. Con frecuencia, se trataba de personas que simpatizaban con el movimiento disidente y que veían su participación en aquellas publicaciones como una oportunidad de propagar el pensamiento alternativo a la ideología oficial. No menos sorprendente parece ahora el hecho de que los autores, considerados expertos en sus respectivos campos, disfrutasen de una absoluta libertad a la hora de elegir el objeto de su estudio. A pesar de que, en principio, los libros se destinaban exclusivamente a la élite del Partido, era posible encontrarlos en los círculos académicos. De esta manera, la intelectualidad soviética, que no tenía una experiencia real del funcionamiento de las democracias occidentales, por lo menos estaba al tanto del debate intelectual que tenía lugar en esos países.

En cierto modo, estos libros constituyen un símbolo de aquella peculiar época en la que el divorcio entre la forma y el contenido, entre el envoltorio marxista y el contenido que recogía otros signos ideológicos, se hizo más patente que nunca. Bajo la cubierta que llevaba el sello del Departamento de Comunismo Científico de la Academia de Ciencias de la URSS, se publicaban las opiniones de un teólogo católico conservador, de un defensor

a ultranza del neoliberalismo, de un representante de la corriente del fin de la historia o de un expositor de las ideas de la nueva izquierda no marxista.

Otra de las consecuencias del abandono del marxismo fue el descrédito de la versión oficial de la historia del país. En los años del *deshielo*, sólo reducidos grupos de intelectuales, ya fueran los liberales o «rusitas», ponían en duda la historia oficial. En la época del *estancamiento*, el rechazo de la versión oficial de los hechos se propagó a capas más amplias de la población y tomó diferentes matices: desde la indiferencia frente a la historia oficial o la nostalgia romántica del «hermoso y próspero mundo» de la Rusia zarista hasta la vehemente refutación de la historia oficial como un cúmulo de falsificaciones. Huelga recordar la importancia que tiene para la identidad nacional de un pueblo el consenso mayoritario acerca de la interpretación de los acontecimientos históricos.³² Cuestionar la interpretación de los acontecimientos clave de la historia de un país conduce inevitablemente a la fragmentación de la «verdad general» y a la aparición de múltiples «verdades de minorías».

En un país que a lo largo de setenta años había sufrido una revolución, dos guerras mundiales y una civil, el terror revolucionario y el contrarrevolucionario, las represiones estalinistas y muchos otros acontecimientos altamente traumáticos, era inevitable que persistiera el distanciamiento entre la historia que se aprendía en las escuelas y la memoria transmitida en el seno de numerosas familias. Esta grieta entre la versión oficial y la privada había pasado desapercibida durante mucho tiempo, pero desde mediados de los años sesenta comenzó a ocupar poco a poco un lugar central en las conciencias de los ciudadanos soviéticos, suscitando un intenso interés por las «historias particulares» vinculadas a diferentes grupos, ya fueran étnicos (los tártaros de Crimea), sociales (los kulaks) o ideológicos (el partido de los constitucionalistas liberales).

La eterna oposición entre la memoria y la historia, brillantemente analizada en los trabajos de Maurice Halbwachs³³ y Pierre Nora,³⁴ se resolvió en la URSS a favor de la memoria. La opinión pública declaró tácitamente que la historia oficial era completamente falsa. Los historiadores profesionales perdieron definitivamente su prestigio en favor de los escritores, periodistas y simples aficionados que se precipitaron a emprender su propia reconstrucción del camino recorrido por el país. El famoso libro de Alexandr Solzhenitsyn *Archipiélago Gulag (1918-1956): un intento de investigación literaria*³⁵ es el ejemplo más famoso, aunque no único, de esta nueva situación. Este libro, como muchos otros menos conocidos en Occidente, analizaba el tema que la intelectualidad rusa consideraba de importancia crucial: la violencia ejercida por el Estado contra sus ciudadanos y las consecuencias que tuvo para el desarrollo del país.

La tácita prohibición oficial de mencionar en público el terror estalinista no logró, como ya se ha indicado, hacerlo desaparecer de los foros intelectuales. El asunto se trasladó a la «zona oscura» y a la «zona gris», donde siguió alimentando los más intensos debates. Al principio, las reflexiones sobre la violencia del Estado se centraban sobre todo en la época estalinista. El mismo proceso que atravesó en los años del *deshielo* un grupo reducido de intelectuales, se extendía ahora a círculos mucho más amplios. Las medidas de terror preventivo (el llamado «terror rojo») decretadas por el gobierno de Lenin empezaron a atraer la atención sólo años más tarde. Algo parecido ocurrió con las víctimas del terror: en la conciencia popular su círculo se fue extendiendo poco a poco. En los primeros años sólo suscitaban compasión los miembros del partido bolchevique condenados por acusaciones falsas; después, el estatus de «mártires inocentes» se fue extendiendo a los militantes de otras tendencias de la izquierda (los mencheviques, los socialistas revolucionarios o los

trotskistas), seguidos por los «pueblos castigados», como los chechenos o los tártaros de Crimea, por los grupos sociales discriminados (la aristocracia, la burguesía o el campesinado rico) y, finalmente, por los «blancos», el bando perdedor en la Guerra Civil, los miembros de los partidos del centro y la derecha, incluyendo los monárquicos.

Como en todo proceso «subterráneo», es difícil evaluar la profundidad del cambio ideológico y el número de personas implicadas en él. Sin embargo, es necesario constatar que en aquellos años el proceso de cambio ideológico abandonaba con cierta frecuencia la «zona gris» para hacer apariciones públicas: se proyectaban películas de ambientación histórica en las que la aristocracia o la burguesía se mostraban con rasgos tan atractivos que hacían olvidar la tarea de «desenmascarar su esencia explotadora», se recuperaron las grabaciones de las canciones del ejército blanco y resurgió el interés por la iglesia y la filosofía religiosa rusa. La lógica del enfrentamiento que había imperado en la sociedad después de la Guerra Civil, y que dividía la nación en dos bandos hostiles, los «nuestros» y los otros, quedó desarticulada.³⁶

En el debate intelectual sobre los crímenes cometidos por el poder tuvieron una enorme influencia dos fenómenos exteriores: la superación del fascismo que había vivido la Alemania Occidental después de la Segunda Guerra Mundial y la interpretación de las lecciones del Holocausto.

Como es bien conocido, después de haber sufrido una terrible derrota militar, de quedar dividida entre las potencias vencedoras y de vivir lo que un pensador alemán llamó «casi una descomposición nacional», Alemania emprendió un largo proceso de reinterpretación del periodo hitleriano que había acarreado al país tales desgracias. Esta reinterpretación, en cuya elaboración tomaron parte célebres intelectuales como, entre otros muchos, Thomas Mann, Theodor Adorno o Hannah Arendt, te-

EL PASADO DEL PRESENTE

nía como objetivo final la construcción de una sociedad democrática. Para ello se siguieron unas determinadas pautas:

1. el reconocimiento de los crímenes cometidos por los nazis;
2. el arrepentimiento nacional;
3. el examen detallado y la destrucción de las semillas del totalitarismo y, finalmente;
3. la implantación de los valores democráticos. Muchos intelectuales rusos vieron en la experiencia alemana un modelo que podía ser imitado.

Por otro lado, el discurso del Holocausto,³⁷ como observó H. Welzer,³⁸ se fue internacionalizando a medida que se alejaba el final de la Segunda Guerra Mundial. Si originalmente este concepto se refería al genocidio del pueblo hebreo emprendido por los nazis, a partir de los años ochenta empezó a aplicarse para describir cualquier manifestación de violencia extrema contra una determinada nación (se habla así del holocausto del pueblo ruso, del pueblo checheno o del letón). Además de apropiarse del concepto de «holocausto» para referirse a sus propias tragedias, diferentes grupos étnicos, sociales o ideológicos pasaron a describir esas experiencias traumáticas mediante expresiones tomadas del discurso del Holocausto: los actores de los conflictos eran descritos en términos de verdugos y víctimas inocentes (la figura del héroe, característica de la narración del conflicto en otras épocas, había desaparecido casi por completo).

La figura de la víctima también empezó a entenderse de una manera diferente: en la tradición revolucionaria rusa se hablaba de las víctimas caídas en la lucha por el futuro mejor del pueblo. La «típica» víctima moría heroicamente en el combate por la justicia. Esta concepción de la víctima era muy cercana a la concepción cristiana de caridad, del mártir que da lo más precioso, su vida, movido por el amor a su prójimo. Pero en los años del *estan-*

camiento, cuando la vida perdió su dimensión heroica, las víctimas empezaron a percibirse como víctimas inocentes, cuya inmolación se produjo a causa de una terrible injusticia o un trágico error, las víctimas al estilo del Antiguo Testamento. Su sacrificio no tenía ningún sentido y su destino suscitaba un sentimiento de compasión más que de admiración.

Si en el caso del exterminio del pueblo hebreo por parte de los nazis la calificación de hechos como el Holocausto, estaba más que fundada, su extensión indiscriminada a otros conflictos tan complejos como revoluciones, guerras civiles o luchas nacionalistas, en las que ambos bandos utilizan la violencia como medio político, obstaculizaba la comprensión de la verdadera naturaleza de tales fenómenos. Sin embargo, la aceptación de esta nueva forma de interpretar los hechos históricos fue rápida y prácticamente universal, lo cual probablemente se debió al hecho de que esa visión «victimista» coincidía con un arquetipo fuertemente arraigado en las culturas de origen judeo-cristiano: el martirio seguido por una recompensa. Aunque en este caso, naturalmente, la recompensa se esperaba en la tierra.

Ésta era, a grandes rasgos, la situación ideológica de la Unión Soviética cuando Mijaíl Gorbachev se convirtió en el nuevo dirigente del país.

La política de la memoria durante la época gorbacheviana (1985-1991)

En junio de 1985, pocos meses después de su llegada al poder, Mijaíl Gorbachev ofreció el puesto de Secretario de Asuntos Ideológicos a Alexandr Yakovlev, conocido por su postura revisionista. Edvard Shevarnadze, otro «reformador» dentro del Partido, fue nombrado Ministro de Exteriores. Los tres pertenecían a la generación de los sesentistas. A partir de ese momento, el conjunto de las ideas alternativas abandonó paulatina, aunque definitivamente, la

«zona gris», y el debate sobre las distintas interpretaciones del pasado salió a la luz pública. Las páginas de las revistas literarias que habían acogido este debate recibieron una recompensa inmediata en forma del aumento espectacular de la demanda: la tirada de la revista *Novyi Mir* pasó de 425.000 ejemplares a 2.500.000; la revista *Ogonek* alcanzó los tres millones y medio y la revista *Druzhba Narodov*, que antes había llegado a vender 119.000 ejemplares, aumentó su tirada hasta los 775.000.³⁹

Mijaíl Gorbachev, deseoso de deshacerse de los dirigentes del Partido y del Estado que se oponían a las reformas prooccidentales, calificó la época anterior de «estancamiento», entendido como el reinado inmóvil y esclerótico de los burócratas. Aunque la objetividad de este concepto suscite dudas entre los expertos,⁴⁰ su táctica, apoyada por los medios de comunicación dominados por los sesentistas,⁴¹ tuvo un éxito sin precedentes: sólo en dos años (1986-1988), Gorbachev pudo sustituir a casi la mitad de los miembros del Comité Central, una rotación de cuadros que no había sucedido desde la época de las grandes purgas de los años treinta. El mismo cambio espectacular se produjo también a nivel regional.

Muy pronto Gorbachev pudo comprobar que la mayoría de los nuevos secretarios regionales del Partido eran tan reacios a sus reformas como lo habían sido los sustituidos, lo que le decidió a lanzar la segunda parte de su programa: la *glasnost*, cuyo objetivo explícito era la democratización leniniana y el implícito desmantelamiento de la estructura del Partido-Estado. La calificación de los veinte años precedentes como el «estancamiento», así como la apelación a la democratización leniniana, entendida como desestalinización desde el XX Congreso, abrió el debate público sobre el terror estalinista. Se afirmaba la necesidad de hablar del pasado para encontrar en él el punto a partir del cual el país había emprendido la senda equivocada, así como para hallar soluciones de cara al futuro:

...Hablar de nuestro pasado significa hablar sobre la elección del camino, sobre lo que tomamos y lo que rechazamos del pasado. Hablar de los objetivos y los métodos, de la política y de la moral tal como se veían en los primeros años tras la Revolución y como se consideraron durante el cuarto de siglo que fue llamado, como todavía recordamos, «la gran época de Stalin».⁴²

Tanto los descontentos como los disidentes estaban interesados en la reaparición del debate público sobre el pasado. Arriba ya hemos descrito a ambos grupos, indicando que algunos de los descontentos ocupaban cargos de responsabilidad, pudiendo incluso pertenecer a la élite gobernante,⁴³ pero rehusaban identificarse con el poder o responsabilizarse de las decisiones que tomaban a diario en su servicio al Estado. Una actitud escéptica e incluso irónica hacia la ideología y la práctica del poder era característica de todo este grupo, cuyos miembros simpatizaban con los disidentes y a veces incluso colaboraban con ellos, aunque procurando siempre no poner en riesgo sus carreras.⁴⁴

Sin embargo, la unidad entre los disidentes y los descontentos tenía un cierto sentido negativo: todos estaban de acuerdo en cuanto a aquello contra lo que luchaban, pero no en sus visiones sobre la construcción de la futura Rusia. De este modo, ideologías tan diferentes como la socialdemocracia y el neoliberalismo thatcheriano pudieron coexistir de manera pacífica, e individuos con puntos de vista irreconciliables fueron capaces de mantener relaciones amistosas y actuar juntos contra el enemigo común.

Al principio de la *perestroika* ese enemigo común era el poder, sustentado por la ideología leninista-estalinista y al que se consideraba obsoleto. Persistía el temor de que dicho poder volviera a recurrir a la política represiva que le había caracterizado durante los primeros cuarenta años de su existencia y, para evitar la vuelta al totalitarismo, una parte de los intelectuales, los «liberales» sobre

todo, sostenían que el reconocimiento de los crímenes cometidos por el Estado soviético sería crucial para el abandono definitivo de la herencia estalinista. Otro grupo, el de los «patriotas», consideraba que debía aplicarse un remedio diferente: la resurrección de los valores espirituales y místicos que supuestamente habían caracterizado a la Rusia anterior a la revolución.

Entre los años 1987 y 1989 se publicaron obras literarias en las que volvía a sonar con fuerza renovada el tema de la memoria rota surgido en las décadas anteriores. Entre los autores que trataron la ruptura de la tradición cultural que antiguamente había vinculado a las sucesivas generaciones, así como la pérdida de la memoria colectiva y de los valores morales, se encontraban tanto los «patriotas» nacionalistas (V. Belov, autor de *Todo está por delante*, y V. Rasputin, *El incendio*), como los occidentalistas (A. Aitmatov, *El cadalso*). Sin embargo, las primeras novelas dedicadas al terror estalinista (*Las vestiduras blancas* de V. Dúdinsev y *Los hijos de Arbat* de A. Rybakov), aunque trataran el tema de manera convencional, revelaron el profundo conflicto ideológico que separaba a los «occidentalistas» de los «patriotas». Como hemos apuntado, ambos grupos estaban de acuerdo acerca de los males que afligían al país, pero propugnaban diferentes fórmulas para curarlos. Mientras los liberales-occidentalistas insistían en la necesidad de hacer pública toda la verdad sobre los crímenes estalinistas, los patriotas no deseaban remover las cenizas del fuego extinguido. Las exigencias de estos últimos no iban más allá del reconocimiento de la religión ortodoxa como uno de los pilares del futuro renacimiento del país, el abandono del internacionalismo como ideología estatal y la vuelta a los valores del estado-nación. Estas posturas suscitaron el temor de muchos intelectuales,⁴⁵ pero pronto se revelaron minoritarias, y de hecho las revistas que difundieron las ideas «patrióticas» (*Nash Sovreménnik*, *Moskva* o *Molodáya Gvardia*) contaron siempre con una

audiencia muy inferior a la de aquéllas que eran controladas por los «occidentalistas».

Otra característica de la política de la memoria de la *perestroika* fue el peculiar modo de «devolver» al presente las figuras de las víctimas de las represiones estalinistas. Durante la época de Khrushchev, no todas las víctimas de las represiones habían sido rehabilitadas. En concreto, las sentencias de los viejos bolcheviques condenados en los grandes procesos de Moscú de 1936-1938 habían sido revisadas, como las de muchos otros. En la *perestroika*, la rehabilitación moral, y con frecuencia legal, del personaje dependía del hecho de que su papel se correspondiera o no con la nueva visión de la historia. De esta manera se negó la rehabilitación de Trotski, quien había sido condenado en ausencia como espía extranjero y colaborador fascista, cosas que evidentemente nunca había sido. No obstante, su radicalismo revolucionario fue interpretado como peligroso, y por eso fue denegada la propuesta de su rehabilitación. Como expresó Yuri Kariákin, uno de los más influyentes publicistas de la *perestroika*, «Trotski es el Stalin de ayer, y Stalin es el Trotski de hoy»,⁴⁶ insinuando que Trotski, si hubiera triunfado sobre su adversario georgiano, habría llevado a cabo una política similar a la estalinista.

Actuando de esta manera, los ideólogos de la *perestroika* eran extrañamente indiferentes al hecho de que el repudio moral de acciones no equivale a la condena legal y la conservación de la validez legal de los veredictos basados en acusaciones falsas (muchos comunistas, sin excluir a aquéllos que habían trabajado en los órganos represivos como la Checa, GPU o NKVD, fueron condenados como espías, colaboradores monárquicos o fascistas) daña la misma idea del derecho y de la legalidad, dificultando la construcción de la sociedad basada en el imperio de la ley.

Otro rasgo curioso de la *perestroika* era la forma en que eran descritas las «personas devueltas a la memoria popular». Las figuras

políticas solían ser retratadas como «gente normal», y su perfil político se difuminaba, destacándose sólo su oposición a Stalin. Un buen ejemplo de ello es Nikolái Bujarin, carismático líder bolchevique y colaborador favorito de Lenin, que fue condenado en uno de los procesos de Moscú. Era cierto que a partir de 1928 él se había opuesto de manera explícita o implícita a Stalin, pero no era menos cierto que también lo había apoyado antes en repetidas ocasiones y durante la Guerra Civil había abogado por una política de izquierda radical. Nikolái Bujarin fue un revolucionario convencido, un teórico del marxismo de categoría comparable a la de Antonio Gramsci. Sin embargo, en muchos de los textos que se publicaron sobre él durante la *perestroika* se subrayaban sobre todo los atractivos rasgos de su personalidad: su bondad y sensibilidad, su sentido de humor, su alegría de vivir. En lo político se destacaba únicamente su apoyo a los campesinos y a los intelectuales, así como su oposición a la política estalinista. En cambio, se omitía su ardor revolucionario, el apasionamiento de sus batallas ideológicas, su entrega absoluta a la causa de la transformación de la sociedad. Es difícil decidir si esta omisión se debía a las circunstancias políticas del momento o si se explicaba también por la incompreensión intrínseca de los sesentistas hacia el espíritu revolucionario y social de las generaciones anteriores, fenómeno que había observado Lidia Guínzburg ya en los años del *deshielo* (y que hemos citado previamente en nuestro artículo).

En cambio, en los casos de las víctimas que no habían formado parte de la estructura del poder, se subrayaban sus actitudes políticas, y, sobre todo, su supuesta y obligatoria oposición al poder. Probablemente el objetivo de esta maniobra era demostrar que toda la población, toda la «gente normal» estaba en contra del estalinismo, y que la vida «normal» (una de las palabras predilectas de la época) era imposible en los años de Stalin.

En 1987 fue proyectada por primera vez la película del director georgiano Tenguz Abuladze titulada *La penitencia*. En esta obra cinematográfica, que tuvo un enorme impacto simbólico en la época de la *perestroika*, el tema del terror estalinista se planteó bajo un ángulo inhabitual. En el filme de Abuladze, un dictador que combinaba los rasgos de Stalin y los de su ministro más sanguinario, Beria, era enterrado una y otra vez por sus descendientes, pero su cadáver volvía a aparecer cada mañana en el salón de su casa. La metáfora de Abuladze recordaba a la sociedad que el pasado, cuando se oculta tras el silencio, se niega a morir.

A partir de la película de Abuladze, la palabra «penitencia» se convirtió en una de las más usadas de la época. Con ella se aludía al proceso de reconocimiento de los crímenes estalinistas y al «luto»⁴⁷ que afrontaba la nación por su causa. El pasado estalinista se evocaba como una lección moral y se describía como un periodo uniforme de horror constante, en el que ninguna emoción positiva, ninguna dicha personal habían sido posibles. La descripción podría resultar más terrorífica que la propia realidad. Lidia Guínzburg, aguda observadora de la vida soviética, escribió en su agenda:

Leemos las novelas sobre los años 1930. Esta lectura es muy dolorosa a veces. (...)

En la vida funcionan diferentes mecanismos de defensa. (...) Nosotros no vemos en su totalidad el cuadro de la vida que vivimos. Vemos siempre sólo una parte. Y siempre esta parte está adaptada a nosotros, o nosotros a ella.

Y ahora sentimos por momentos un horror retrospectivo. El «abismo de la humillación» se abre. Cómo entrábamos en este abismo, un paso tras otro, pasando por todo.⁴⁸

La «penitencia», concebida como una experiencia catártica, se vivió de una manera extraordinariamente apasionada. El torrente de testimonios de las víctimas del estalinismo y la publicación vertiginosa y masiva de la literatura antaño prohibida (en dos o tres años vieron la luz casi todas las obras de los escri-

EL PASADO DEL PRESENTE

tores, historiadores y pensadores que habían escrito en la clandestinidad o el exilio durante los setenta años que había durado el poder soviético) tuvieron un profundo impacto en la sociedad soviética. La «penitencia» se extendió prácticamente a todos los niveles.⁴⁹ La profunda conmoción experimentada por la nación, la enorme tensión emocional del proceso de luto fueron tales que un observador externo comparó lo sucedido durante aquellos años con un inmenso «psicodrama colectivo».⁵⁰

Al igual que en el caso de Alemania, la recuperación del «conocimiento oculto», de la memoria de los hechos traumáticos, contribuyó en primer lugar a la configuración de una sociedad civil, entendiendo por ello «una actitud básica frente al poder. La presencia de la sociedad civil significa que existe un consenso alcanzado sobre dos principios: el Estado no debe y no puede hacerlo todo, y la sociedad comprende a la vez personas públicas y privadas».⁵¹

En febrero de 1987 fue creada una de las primeras organizaciones no gubernamentales, *Memorial*, cuyos fundadores eran un grupo de historiadores disidentes que en los años previos a la *perestroika* habían publicado el anuario *Memoria (Pamiat)* (dedicado a la recuperación de la memoria de los vencidos en las luchas ideológicas del siglo XX) y *Pasado (Minuvshee)*. *Memorial* fue seguida por un sinnúmero de organizaciones no gubernamentales. Muy pronto, *Memorial* y muchas de esas organizaciones creadas posteriormente empezaron a desempeñar un papel activo en la vida política de la época gorbacheviana.

Por otra parte, el reconocimiento de los crímenes estalinistas también tuvo consecuencias que a la larga resultaron ser menos favorables para la implantación de los valores democráticos. Por un lado, la publicación de la verdad sobre las violaciones sistemáticas de la legalidad cometidas por el partido gobernante socavó la legitimidad del PCUS en un momento en el que aún no existía ninguna otra fuerza política capaz de asumir las tareas de gobierno.

En aquellos tiempos, el Partido Comunista se encontraba muy dividido entre los defensores de las reformas y los conservadores, pero los reformadores ocupaban el poder, y su plan de transformaciones, de haber tenido la posibilidad de continuar y desarrollarse, probablemente habría resultado menos traumático y doloroso para la población que los cambios producidos en los años noventa. Por otro lado, la *penitencia* planteó la terrible cuestión acerca de las causas del estalinismo y la identidad de los culpables. En Rusia y en otras repúblicas de la URSS se ofrecieron respuestas muy diferentes a esta difícil pregunta.

A pesar de que la Revolución Rusa y el Estado que surgió de ella, la URSS, tuvieron un carácter multinacional, no cabe duda de que algunos pueblos participaron de manera más activa que otros en el proceso de establecimiento y consolidación del nuevo régimen. Las filas revolucionarias se nutrieron en gran medida de gentes pertenecientes a los pueblos que habían sido discriminados en el imperio zarista. La proporción de polacos, letones o judíos que tomaron parte en la revolución al lado de los bolcheviques, por ejemplo, era muy superior a la de los rusos. Aunque esta relación conoció múltiples variaciones a lo largo de la historia soviética, se puede afirmar que la URSS nunca fue el estado nacional del pueblo ruso, a diferencia de su predecesor zarista.

No obstante, antes de afrontar la terrible culpa de haber participado en los crímenes, la mayor parte de las repúblicas no rusas prefirieron verse a sí mismas como víctimas y no como verdugos, olvidando que una parte, en determinados casos muy importante, de su población se había implicado activamente en la violencia revolucionaria y estalinista. Los nuevos ideólogos de estas repúblicas declararon que los culpables de todos los terribles acontecimientos del pasado habían sido en exclusiva los rusos y que, por consiguiente, sólo la independencia inmediata podría salvar a sus países, que supuestamente se encontraban al

borde de la catástrofe. Las declaraciones de los dirigentes de los frentes nacionales de las tres repúblicas bálticas ofrecen un ejemplo claro de este tipo de soluciones.

La respuesta de los «patriotas» rusos era muy parecida a la de los nacionalistas de otras repúblicas. Los ideólogos de la corriente «rusófila» (A. Solzhenitsyn, I. Shafarevich o V. Kozhinov) consideraban que el estalinismo y el marxismo en general eran fenómenos puramente occidentales, ajenos a la civilización rusa e importados a Rusia, con fines nefastos, por una siniestra confabulación entre las potencias extranjeras, eternas enemigas del país, y sus agentes judíos. En cambio, los nuevos «occidentalistas» explicaban el desgraciado curso de la historia rusa reciente por causas internas: desde el atraso de la Rusia zarista (I. Kliamkin) hasta el mesianismo milenarista que supuestamente caracterizaba al pueblo ruso (A. Tsypko).

Por otro lado, el debate sobre las causas del estalinismo aceleró la desintegración de la identidad universal soviética y la reaparición de identidades particulares.⁵² Mientras las naciones no rusas pudieron evitar el riesgo de la crisis de la identidad nacional al señalar a los rusos como los únicos culpables (a cambio de conservar intactas las semillas del totalitarismo interno), los rusos se enfrentaron a una profundísima crisis de su identidad nacional que todavía hoy, veinte años más tarde, no está superada del todo. Una de las consecuencias de esta crisis fue la terrible degradación del autorrespeto nacional, junto con el sentimiento universal de sentirse engañados. Este proceso fue especialmente doloroso para la generación que había soportado todo el peso de revoluciones, guerras y transformaciones sociales. El historiador británico Orlando Figes observó que «la idea de una causa común soviética no había sido simplemente un mito de la propaganda. Esta idea ayudaba a la gente, dando sentido a sus vidas a través de su participación en la lucha por el ideal soviético».⁵³ Sin embargo,

a partir de los últimos años de la *perestroika*, las generaciones jóvenes restaron todo mérito al sufrimiento y a las proezas de sus mayores, explicándoles que habían sido víctimas de una gran estafa. El sentimiento victimista se reforzaba, mientras desaparecía de la vida pública la dimensión heroica de la realidad y la fe en las fuerzas morales del pueblo.

Otra consecuencia de este debate fue el amplio rechazo popular de la violencia como instrumento político, un rechazo que se manifestó durante los diversos conflictos de la época de la *perestroika* hasta llegar a su punto culminante durante el golpe de estado de 1991, en el que tanto el ejército como los manifestantes renunciaron al uso de medios violentos.⁵⁴

A lo largo de los años 1989 y 1990 la corriente de los «occidentalistas» se dividió en dos grupos diferentes: los moderados, partidarios de un socialismo democrático al estilo de los países escandinavos, y los radicales, que defendían las ideas del neoliberalismo económico. Fue este último grupo el que llegó al poder con la victoria de Yeltsin en 1991.

La política de la memoria durante los años de Yeltsin (1991-1996)

Los liberales de Yeltsin se apropiaron de la denominación vacante de «demócratas», aunque su ideología, como ya se ha dicho, tenía un carácter neoliberal en lo económico y conservador en lo político. Esta desafortunada elección léxica hizo aún más difícil para el observador externo entender el enrevesado vocabulario político ruso: el Partido Comunista, que en el lenguaje político occidental designaba una organización izquierdista y subversiva, se percibía en la URSS como un partido de derechas, dado su carácter conservador y antirrevolucionario, manifiesto en su deseo de mantener a toda costa el *statu quo*; en cambio, los defensores de las ideas neoliberales y neoconservadoras se presentaban como los

demócratas por excelencia, cuando en realidad sólo constituían una tendencia más del escenario político en el seno de una sociedad democrática. La democracia, según recuerda el antiguo disidente V. Igrunov, se entendió como el poder de los «demócratas». En sus memorias sobre la *perestroika*, este político, co-fundador del partido opositor *Yabloko*, reprodujo la forma de pensar de los radicales de Yeltsin:

La democracia era el poder de los «demócratas». No había que modificar la estructura del Estado, lo único que había que hacer era traspasar el poder de los comunistas a los demócratas, después todo sería maravilloso.⁵⁵

Los «demócratas» cambiaron una vez más la política de la memoria. Si en la época de Gorbachev se había debatido sobre las causas que permitieron anular el enorme potencial libertador que contenía la Revolución Rusa, ahora los ideólogos de Yeltsin afirmaban que todas las revoluciones eran criminales por naturaleza. Aprovechando el extendido rechazo de la violencia política, intentaron demostrar que todas las «sociedades naturales» (es decir, las que se crearon de una forma evolutiva y no revolucionaria) se asientan sobre unos pilares supuestamente eternos e inamovibles, y que cualquier proyecto racional, violento o no, de mejorar la realidad política es «utópico» y perjudicial y está condenado al fracaso.

Pero, si todas las revoluciones eran criminales, entonces Stalin no era más que el continuador de la obra de Lenin y el estalinismo dejaba de ser un asunto digno de discusión. La Revolución Rusa se presentó como un golpe de Estado financiado por las potencias extranjeras y realizado por un grupo marginal.⁵⁶ El pueblo ruso dejaba de ser agente activo de la vida política para convertirse en víctima inocente, al estilo de otros pueblos de la antigua URSS. Los «demócratas» rechazaron la interpretación, compartida incluso por los blancos, los adversarios políticos de los bolcheviques,

de que la Revolución había sido el más dramático y violento episodio de la larga lucha por la libertad y la justicia social. Para ellos se trataba de una «catástrofe», es decir, una tragedia de índole natural, no sujeta a la voluntad humana. La imagen de la sociedad soviética recreada en las obras de los ideólogos de Yeltsin era la del «totalitarismo», en la que de un lado estaba el todopoderoso gobierno y del otro un pueblo oprimido y privado de voz y de acción.⁵⁷ Este modelo anulaba la misma posibilidad de que la gente se sintiera responsable de su pasado, lo cual, durante las décadas de 1970 y 1980 se consideraba el requisito indispensable para la creación de una sociedad civil. La nueva interpretación implicaba tácitamente que el poder soviético había existido durante setenta años por sí solo, sin la participación del pueblo soviético.⁵⁸ El modelo alemán de interpretación histórica fue sustituido por el modelo del Holocausto.

Probablemente semejante sustitución fue considerada beneficiosa desde el punto de vista político por varias razones: en primer lugar, permitía explotar una nueva realidad en la que, como H. Welzer indicó,⁵⁹ la «competencia entre las víctimas» se manifestaba en una nueva realidad internacional en la que la declaración de unos sufrimientos inmerecidos en el pasado se convertía en un poderoso argumento político que servía para defender intereses actuales. En segundo lugar, el nuevo modelo permitía resolver la profunda crisis de la identidad nacional, creando una nueva identidad basada en los valores de la Rusia prerrevolucionaria y que omitía todo el periodo soviético. Finalmente, la idea de que la Revolución había sido un accidente y la historia soviética era una especie de «anti-historia», un error que había hecho a Rusia desviarse del «curso natural de la historia humana» seguido por otros «pueblos civilizados», autorizaba a Yeltsin a romper de una manera radical con ese pasado indeseado para «volver al camino principal de la civilización». Como observó Maria Ferretti, «la invención de

un pasado virtual –si la revolución no hubiera tenido lugar Rusia hubiera elegido *sin falta* el modelo «natural» del desarrollo occidental y hubiera sido, al igual que los países occidentales, un país próspero– resultó ser equivalente a la promesa de un futuro mejor». ⁶⁰

Las constantes declaraciones sobre el «genocidio» del pueblo ruso, ⁶¹ que supuestamente tuvo lugar durante el régimen soviético, y que colocó a la nación al borde de la desaparición, sobre el peligro inminente de la Guerra Civil y la represión masiva que tendría lugar si ganasen los oponentes de Yeltsin, permitieron a su equipo romper dos consensos que se habían establecido durante la época gorbacheviana: el rechazo de la violencia política y la intención de introducir cualquier cambio de una forma evolutiva, no revolucionaria. ⁶²

El teórico A. Illariónov, cuya dimisión en diciembre de 2005 como consejero económico de Vladímir Putin dio tanto que hablar, había pertenecido al equipo de A. Chubáís, uno de los autores de las reformas económicas. En su polémica con la economista L. Piásheva, quien había criticado el reparto arbitrario de la propiedad estatal cuyo resultado fue el empobrecimiento masivo de la población y la aparición de un pequeño grupo de oligarcas, Illariónov defendió el plan de privatizaciones de Chubáís, alegando que era necesario romper a cualquier precio con el pasado de la economía planificada y que la propiedad siempre termina yendo a parar a las manos de «los propietarios más eficaces». ⁶³

De una forma casi imperceptible para la mayoría de la población, el Gobierno de Yeltsin cambió el curso de las transformaciones. Cuando Gorbachev comenzaba sus reformas su objetivo era «democratizar el socialismo», crear de forma paulatina «el socialismo de rostro humano», mientras que para el equipo de Yeltsin se trataba de construir cuanto antes el capitalismo a ultranza. ⁶⁴

El modelo conservador de los «demócratas» de Yeltsin tenía otra faceta, menos conocida

públicamente, pero que formaba parte integrante de la política de la memoria de aquellos años. Como se ha visto anteriormente, el modelo yeltsiniano de la memoria incorporó numerosos elementos nacionalistas y sustituyó el ejemplo del proceso de Nuremberg por la experiencia de Holocausto. Además, dos nuevos ejemplos a seguir fueron introducidos en aquellos años. El primero fue el ejemplo del olvido, de comenzar desde cero, tal como mostraba el modelo de la Transición española, difundido en los últimos años de la era gorbacheviana. El director de una revista radical, G. Pavlovski (hoy en día próximo a Putin), lo hizo público en un famosísimo artículo en el que aducía el ejemplo de la Cruz del Valle de los Caídos como símbolo de la reconciliación entre los «rojos» y los «blancos» (*Vek XX i mir*, 1989). Pavlovski llamaba a la sociedad soviética a seguir el mismo ejemplo y a acabar con distinciones ideológicas para involucrarse todos juntos en la construcción de una nueva realidad.

El segundo modelo de desarrollo fue el del Chile de Augusto Pinochet, mucho menos conocido entre el gran público pero que llegó a discutirse ampliamente en los círculos de los transformadores yeltsinianos. V. Igrúnov, por ejemplo, afirmaba en sus memorias que Pinochet había sido el «ídolo» de los «demócratas» de Yeltsin:

Ellos estaban plenamente convencidos de que Pinochet era lo que necesitamos, que necesitábamos un poder autoritario. (...) Las personas del tipo de Chubáís o Gaidar ⁶⁵ (...), con los que tuve muchas conversaciones y discusiones, entendían que los ciudadanos soviéticos, acostumbrados a la protección social, no permitirían que se les condujera a un estado de miseria. Es decir, que habría una resistencia social y, por lo tanto, hacía falta un estado fuerte que pudiera aplastar esa resistencia.

En 1989 tuvimos un seminario en Répino al que acudió casi toda la escuela de Gaidar que luego llegaría al poder. Allí ellos plantearon sus

objetivos de una forma clara. Para que nuestro país pudiese afrontar la competencia hacía falta una mano de obra barata. Es decir, había que reducir al máximo los ingresos de la población, creando así una ventaja para nuestras mercancías. Cuando objetamos que existían cosas como las huelgas, ellos respondieron: «Por supuesto, por supuesto... Lo primero que hay que hacer es destruir los sindicatos». «¿Y si los sindicatos no se dejan comprar, si hay manifestaciones masivas?». La respuesta fue muy simple: «¿Acaso nos faltarán ametralladoras?». Una respuesta absolutamente demoledora. «Somos un Estado, un Estado fuerte, y abriremos fuego».

Al final, todo pasó mucho mejor de lo que ellos suponían. Pero aquellos chicos estaban dispuestos a hacer mucho más. Si no hubieran mantenido esa actitud interna no habría hecho falta disparar contra la Casa Blanca [Igrúnov se refiere al bombardeo del Parlamento opositor realizado por Yeltsin en octubre de 1993-O.N.]. Como afirmaba Novodvórskaia:⁶⁶

Toda construcción sólida se levanta sobre la sangre». Ellos necesitaban verter sangre, alentaban una sangría. [Decían:] «Pinochet mató... Bueno, ¿cuánto mató? ¡Un número ridículo! ¡Treinta mil! ¡Vaya cosa! ¡Pero a cambio después construyó una economía magnífica! Es el mínimo de víctimas. Y hay que aceptarlo».⁶⁷

De una forma muy consecuente con esta manera de pensar, Valeria Novodvórskaia, antigua disidente y actual «defensora de la democracia en la Rusia de Putin», como la presenta a menudo la prensa occidental, afirmó en 1998 en el curso de un programa televisivo de gran difusión que para paliar el déficit del presupuesto del Estado se debería suspender el pago de las pensiones de jubilación, argumentando que «cuanto antes se acabe con esta generación de esclavos soviéticos, mejor será».⁶⁸

Es difícil evaluar hasta qué punto la política neoliberal en Rusia consiguió acabar con «la generación de esclavos soviéticos», pero un

caso individual, el del héroe de la Segunda Guerra Mundial, Timeren Zinátov, podría resultar ilustrativo. Zinátov, de origen tártaro, había sido uno de los defensores de la legendaria fortaleza de la ciudad (hoy bielorrusa) de Brest, situada en la frontera de la URSS. La guarnición de la fortaleza resistió durante dos meses. Cuando las tropas alemanas consiguieron finalmente conquistar la posición (mientras sus otras divisiones habían llegado ya a las puertas de Moscú), encontraron allí a todos sus defensores muertos, a excepción de una decena de hombres malheridos. Zinátov era uno de los supervivientes. A principios de la década de 1990 el antiguo héroe viajó desde Siberia, donde residía, al extranjero: a Brest, que había dejado ser parte del estado en el que él había vivido y que había defendido. Vestido con sus mejores galas y luciendo todas sus condecoraciones militares, Zinátov se suicidó lanzándose a la vía del tren. Su última carta rezaba así:

¡Fuimos héroes y morimos en la miseria! (Les deseo que – O.N.) que vivan y no le tengan demasiada pena a un tártaro que, siendo uno solo, protesta por todos: 'Me muero, pero no me rindo. ¡Adiós, Patria!'.⁶⁹

Novodvórskaya fue una de muchas voces «democráticas» que percibían al pueblo al que supuestamente representaban como su enemigo. Siguiendo la misma corriente de pensamiento, los sociólogos que analizaron las huelgas mineras dirigidas contra las reformas liberales sostuvieron en las conclusiones de su estudio que:

...el peligro que proviene del movimiento obrero autónomo y organizado está en el hecho de que su fuerza está completamente dirigida contra la democratización de la sociedad...⁷⁰

La política de la memoria en la época de Putin (2000-2005)

Con la llegada al poder de Vladímir Putin, que pertenece a la «última generación soviética»,⁷¹ el equipo de ideólogos fue sustituido de nuevo. La necesidad de cambios estaba más que justificada, pues los años de gobierno de Yeltsin habían dejado una herencia desastrosa: una población drásticamente empobrecida (el nivel de vida descendió a los niveles de la posguerra); un PIB reducido al 40-50 por ciento del de la época soviética; un puñado de oligarcas que se habían adueñado de enormes fortunas en el plazo de dos o tres años; una economía, en fin, al borde de la parálisis. Estaba claro que el remedio ultraliberal no había funcionado.

Del equipo de los ideólogos de Putin no se sabe mucho. La época de las espectaculares declaraciones públicas se había acabado. No obstante, muchos vinculan el nombre de Putin con el de Gleb Pavlovski, a quien hemos citado antes. Este antiguo disidente y posterior editor de varias revistas incendiarias ostenta oficialmente un solo cargo, el de Presidente del Fondo de la Política Eficaz (FEP), pero los entendidos se refieren a él como el «consejero político» de Putin, el «consejero oculto» o «experto en tecnologías políticas». ⁷² Actualmente Pavlovski se limita a dar su opinión sobre los asuntos de la actualidad, pero en los artículos que publicó en los años previos dejó reflejada su propia visión de la correcta política de la memoria. Rechazando por igual la fijación de los reformadores gorbachevianos en el sentido de reducir los treinta primeros años de la historia soviética a los crímenes estalinistas y la concepción simplista de los ideólogos de Yeltsin, según la cual la historia soviética nunca había existido, el politólogo defiende la reconciliación de dos realidades aparentemente opuestas, el zarismo y la Revolución, como dos herencias de la historia y la cultura rusas. Sólo la incorporación de ambos patrimonios a la memoria colectiva permitirá que se cierren

las viejas heridas y que el pasado quede superado. En su opinión, sólo esta integración de las pasadas experiencias traumáticas permitirá convertir la sociedad rusa en una auténtica sociedad democrática:

Me parece que la condición previa para el desarrollo democrático en este país es la toma de conciencia y, finalmente, el reconocimiento de que su pasado se ha terminado ya, de que la parte constructiva de su historia, grandiosa y terrible, se ha acabado y cada uno es heredero y accionista de esta parte. Cada uno es el portador libre y de pleno derecho de una imagen sin rupturas, la imagen de toda su historia, cada uno es el estado en miniatura, no una parte del Estado, sino todo el Estado.

Desde este punto de vista, los años pasados desde 1930 hasta 1970 no son una pérdida, sino una adquisición. Antes de Stalin no nos conocíamos, tal vez éramos ingenuos, pero al estilo de Caín antes del asesinato de Abel, en el momento en que todavía no había matado a su hermano pero ya estaba dispuesto a hacerlo. Adquirimos el pasado que no habíamos tenido antes, un pasado que llama directamente a nuestra conciencia. Adquirimos la verdad de la historia, esa verdad que hiere directamente al corazón. Y lo más importante, adquirimos la personalidad que no podemos devolver a aquel tiempo, posiblemente maravilloso, «plateado», el tiempo anterior al diluvio, el tiempo en que los cabos todavía no habían sido atados.

Imaginemos la lista: Clodoveo, Tomás de Aquino, Luis XI, Marat, Napoleón, Hugo, Saint-Exupéry. Nada especial: los nombres de la historia francesa.

Ahora otra fila: Olga [Olga la Sabia, la reina rusa del siglo IX que fue santificada - O.N.], Iván el Terrible, Nikon, el príncipe Alexis, Pushkin, Pablo I, Nicolás II, Florenski, Lenin, Ajmátova, Stalin, Mandelstham, Bujarin, Bulgákov. ¡Una lista imposible!

Pero sólo cuando la coma entre estos nombres deje de resultarnos chocante entenderemos la realidad de la historia rusa.⁷³

A este deseo de reconciliar herencias irreconciliables deben ser atribuidas, desde

EL PASADO DEL PRESENTE

nuestro punto de vista, lo que, para un observador extranjero, pueden parecer pasos contradictorios de Putin: «el *collage* postmoderno, la memoria en que el águila bicéfala imperial tiene por vecino el himno estalinista».⁷⁴

Pero, si las tendencias nacionalistas están presentes en la política de la memoria realizada por Putin, también está presente su deseo de construir una nueva identidad basada en los aspectos consensuados (y no controvertidos) de la historia rusa.

De ahí proviene su estrategia de utilizar la memoria de la Segunda Guerra Mundial, o Gran Guerra Patria, como se conoce en Rusia, como el pilar de esa nueva identidad. La Gran Guerra Patria reviste una especial importancia no sólo porque fue, probablemente, la más terrible de las guerras y la más difícil de las victorias que había conocido el país en los últimos trescientos años, sino también porque permitió unir a una sociedad profundamente dividida después de la fratricida guerra civil y las purgas de los años 1930. Las suntuosas y espectaculares celebraciones del 60 aniversario de la gran victoria organizadas en Moscú mostraron claramente la importancia que atribuye el equipo de Putin a este acontecimiento.

Por otro lado, la constante atención del presidente ruso a la Iglesia Ortodoxa le permite emprender a un tiempo varias tareas contradictorias: vincular la Rusia de hoy con sus raíces históricas, afirmar la peculiaridad de Rusia dentro de la familia de los pueblos europeos, en su mayoría católicos o protestantes, recordar los estrechos lazos que unen a todos los pueblos del mundo cristiano y enlazar con la venerable tradición política que se extendió desde Roma hasta la Segunda Roma (Bizancio).

Esta política poco a poco empieza a dar sus frutos. Los ganadores del concurso «El hombre en la historia. Rusia, el siglo XX», organizado para la juventud por *Memorial* (2001), manifestaron una actitud ecuánime en relación con las glorias y las miserias de la historia rusa. Más

recientemente (verano de 2004), el centro de investigaciones sociológicas de Yu. Levada realizó un estudio sobre la imagen de la historia que tenían los jóvenes rusos. Resultó que la nueva generación del país recordaba sobre todo los nombres de los personajes históricos que habían contribuido a la gloria patria: las personalidades de la cultura, la ciencia y la vida política, mientras que los momentos traumáticos, aunque no olvidados, pasaron a un segundo plano. Muy al estilo de Pavlovski, la lista citada por los jóvenes contenía nombres antaño irreconciliables: Lenin, Sajarov, Catalina la Grande, Gagarin. La única experiencia traumática de la que se acordó la mayoría era la Gran Guerra Patria, pero la herida infligida por esta guerra se consideraba sanada por la grandiosa victoria, lo cual permitía a los jóvenes verla como un factor positivo. En cambio, los encuestados mencionaron el desmembramiento de la Unión Soviética como un trauma no superado. Comentando los resultados de la encuesta, el analista político Anatoli Levenson escribió:

Con anterioridad ya me tocó afirmar, como una explicación de las causas de la estabilidad de la elevada popularidad de Putin, que él es el remedio que Rusia se recetó para curar las heridas causadas en la conciencia de las masas en el periodo de Gorbachev-Yeltsin. Se puede apreciar que la medicina funciona. También es efectiva entre los jóvenes.⁷⁵

Una manifestación más de esta política fue la instauración de una nueva fiesta en 2004: el Día de la Unidad Nacional, que debía celebrarse el 4 de noviembre con el claro objetivo de sustituir en la memoria popular el aniversario de la Revolución bolchevique, celebrada el 7 del mismo mes. Una de las personas cercanas al poder, el economista Vitali Naitshul escribió en *Rossiiskaia Gazeta*:

Hemos intentado actuar de una forma cuidadosa con nuestros mayores, sustituyendo a una fiesta ideológicamente controvertida e irritante en

nuestros días, la fiesta de la Gran Revolución de Octubre, por la Fiesta de la Reconciliación y el Consenso, por el Aniversario del Final de la Guerra Civil.⁷⁶

Para este objetivo, la elección de una oscura fecha de la guerra civil rusa del siglo XVII fue realizada por los políticos sin consultar previamente a los historiadores, que no tardaron en demostrar que en la fecha elegida era errónea.⁷⁷ La misma indiferencia por la historia rusa y el deseo de inventar una nueva tradición mostraron los nacionalistas rusos, que desde entonces han intentado apoderarse de esta nueva fiesta para denunciar las «tres guerras civiles» (la del siglo XVII, la guerra civil subsiguiente a la Revolución y una tercera guerra civil que, según ellos, fueron los años de gobierno de Mijaíl Gorbachev y Borís Yeltsin), junto a los «enemigos atrincherados en el Kremlin», que son, en su valoración, traidores y agentes de Occidente.⁷⁸

La tendencia a introducir nuevas fiestas para borrar el calendario festivo soviético continuó en 2006 y 2007. Sólo en 2006, los parlamentarios rusos establecieron siete nuevas fiestas profesionales y quince conmemorativas, como el Día de la Solidaridad en la lucha contra el terrorismo (3 de septiembre, fecha del secuestro de escolares en Osetia por terroristas chechenos), el Día de los Héroes de la Patria (el 9 de diciembre, que se había celebrado bajo otro nombre en la Rusia zarista), el Día de los Estudiantes (el 25 de enero, festividad de Santa Tatiana, patrona de la Universidad de Moscú), etc.⁷⁹

El mismo intento de «reconciliar» y «normalizar» la memoria histórica se ve reforzado por dos tendencias contradictorias de la política exterior rusa: por un lado, existe el deseo manifiesto de mostrar que Rusia es uno más entre los países europeos y que su historia no ha sido distinta de la de sus vecinos del este del continente; por otro, Rusia desea proteger su soberanía y rechaza categóricamente cual-

quier intento externo de «darle lecciones» sobre el modo de actuar en tal o cual caso. En este sentido, se esgrime otro tipo de argumentos sobre la singularidad de la andadura histórica del país. La primera actitud «normalizadora» podría ser ilustrada por las palabras del historiador Borís Mirónov, quien, en la introducción de su trabajo monumental sobre la historia social de Rusia, escribió:

Los historiadores pueden ser médicos sociales. De la misma manera en que un psicoanalista libera a sus pacientes de diferentes complejos (...), los historiadores pueden liberar a su pueblo de los complejos formados durante el curso de la historia nacional por medio del análisis del pasado (...). Rusia no es un basilisco entre los pueblos europeos, sino un país normal, en cuya historia no hay menos tragedias, dramas y contradicciones que en la historia de cualquier otro estado europeo.⁸⁰

Otra tendencia, la de la singularidad, se manifestó en un debate ideológico relacionado sobre el nonagésimo aniversario de la «Revolución de Febrero» (la que derrocó en 1917 el régimen zarista, instauró el sufragio universal y convocó una Asamblea Constitucional). Elena Yákovleva, periodista de la pro gubernamental *Rossiiskaya Gazeta*, expresó así el motivo inicial de esta polémica:

Nos encontramos en vísperas del noventa aniversario de la Revolución de Febrero, en cuyo espejo es imposible dejar de mirar *en razón de las próximas elecciones presidenciales y parlamentarias* (la cursiva es mía - O.N.).⁸¹

El debate fue inaugurado por el escritor Alexandr Solzhenitsyn, quien, conforme a su conocido conservadurismo, describió la revolución burguesa como irresponsable y pecaminosa acción contra el zar y contra Dios. Inmediatamente después, un importante número de historiadores, politólogos, conocidos periodistas y políticos se pronunció al respecto. Como lo habían hecho previamente los ideólogos de Yeltsin, la mayoría de los

participantes en la discusión intentó asustar al electorado con la perspectiva de la anarquía y el caos que supuestamente reinarían en el caso de que desapareciera «el poder fuerte» que, según ellos, necesitaba Rusia. El tono de la mayoría de estas opiniones oscilaba entre la derecha nacionalista y conservadora y la extrema derecha (por ejemplo, dos de los participantes, el historiador V. Majnach,⁸² y el escritor A. Projánov, habían mostrado su simpatía por el falangismo franquista).⁸³

La intervención de Vladislav Surkov, uno de los ideólogos de Kremlin y posible sucesor de Putin, representa un interés especial dada la estrecha relación de su autor con el poder. Surkov abogó por aprovechar los ejemplos de las catástrofes pasadas en lugar de pensar sobre la democracia con «palabras ajenas», de utilizar con fines políticos el dinero de otras potencias y de desear la derrota del propio país, de manera que pudiera construirse una sociedad libre y democrática a partir de los valores y modelos nacionales. Mientras que las advertencias de Surkov sobre la utilización del dinero extranjero y la concepción de la democracia en términos ajenos mostraban la preocupación del gobierno ruso con relación a las «revoluciones coloradas» que habían tenido lugar en algunos países vecinos, su petición de «no desear la derrota del propio país» se dirigía a los grupos de derechos humanos que habían mantenido en repetidas ocasiones contactos con los guerrilleros chechenos que, según el segundo director adjunto de la Administración Presidencial, forman parte de la «Internacional terrorista».⁸⁴

Conclusiones

La transición desde un régimen autoritario a una sociedad democrática siempre es un camino duro de andar, con peligros imprevistos que acechan a al caminante. La transición rusa no ha sido una excepción.

Todo proyecto de reforma profunda modifica necesariamente la visión que una sociedad tiene de su pasado. La memoria colectiva, que guarda una estrecha relación con la identidad nacional, ha estado siempre en el centro de la atención del poder estatal. Generalmente el Estado intenta controlarla y organizarla de acuerdo con su propia versión de la historia. Si, por alguna razón, el poder fracasa en ese intento, es inevitable la aparición de otras versiones alternativas.

En el caso de la URSS hemos podido ver cómo esas versiones alternativas pasaron de la clandestinidad a la luz pública. Hemos apreciado también que los cambios de la política de la memoria implicaban siempre un cambio en la orientación de las reformas. La época de Gorbachev impuso el modelo de Nuremberg, cuyo objetivo era provocar el reconocimiento de los crímenes estalinistas y la penitencia por ellos, lo que, según los defensores de este modelo, permitiría construir la sociedad civil e implantar los valores democráticos. La era de Yeltsin sustituyó este modelo por el del Holocausto, que implicaba el rechazo de la responsabilidad colectiva por la época del terror y significaba la vuelta a la visión nacionalista de la historia. Por fin, los tiempos de Putin han introducido el modelo que podríamos llamar «francés», conforme a la experiencia de la nación gala en cuanto a la integración de memorias opuestas: la revolucionaria y la monárquica.

En los últimos tiempos, la política de la memoria de Putin, basada en una visión continua de la historia rusa y en la aceptación ecuaníme de todas sus glorias y miserias, está girando cada vez más hacia el nacionalismo conservador y autoritario. Este giro está condicionado tanto por presiones externas, especialmente las victorias de los nacionalistas de ultraderecha en los países colindantes, como por la desilusión de una gran parte de la población con respecto a Occidente debida a las traumáticas experiencias de las reformas neoliberales de Yeltsin tuteladas y apoyadas por las potencias

occidentales, los EE UU en primer lugar. Según la última encuesta del influyente Centro Analítico del sociólogo Yuri Levada (27-2-2007), sólo un tercio de los encuestados considera que la democracia es un sistema justo. Y aunque la mitad piensa que Rusia puede aprender mucho de las democracias y las culturas de los países occidentales, muchos (el 30%) afirman que la democracia occidental no conviene a su país. La polémica sobre la Revolución de Febrero, que ha tenido lugar en Rusia en los meses de febrero-marzo 2007, ilustra esta tesis, ya que se rechaza un proyecto de la historia nacional que abogaba por un régimen constitucional-democrático de tipo occidental, demostrando asimismo que el consenso sobre los hechos de la historia no se ha logrado todavía, y que los políticos, hoy como ayer, están dispuestos a utilizar la historia como un argumento en la lucha ideológica del presente.

NOTAS

- ¹ S. S. AVERITSEV, «My i nashi ierarxi vchera i segodnia (Nosotros y nuestros jefes, ayer y hoy)», *Sofia-Logos*, Kiev, Duj litera, 2006, p. 742.
- ² Este punto de vista es sostenido por una serie de intelectuales estadounidenses, como el historiador R. Pipes, el politólogo S. Huntington o uno de los ideólogos del proyecto «Siglo XXI americano», Z. Brzezinski.
- ³ Véase, por ejemplo, B. KAGARLITSKY, *The Thinking Reed: Intellectuals and the Soviet State from 1917 to the Present*. Londres, Verso, 1988; L. G. CHURCHWARD, *The Soviet Intelligentsia: An Essay on the Social Structure and Roles of Soviet Intellectuals During the 1960s*, Londres, Routledge, 1973; B. LINCOLN, *In the Vanguard of the Reform: Russia's Enlightened Bureaucrats*, De Kalb, University of Northern Illinois Press, 1982. En la página principal del político centrista ruso V. IGRUNOV, www.igrunov.ru aparece publicado un testimonio muy interesante sobre el desarrollo del pensamiento alternativo en Moscú durante las décadas de 1970 y 1980: *Inakomyshlaschaia mysl v epoxu zakata razvitygo sotsializma (El pensamiento disidente en la época del ocaso del socialismo desarrollado)*, de V. PRIBYLOVSKI, presidente del Centro de Información y Análisis «Panorama».
- ⁴ Jean-Robert RAVIOT y Taline TER MINASSIAN, *De l'URSS à la Russie. La civilisation soviétique: Genèse, histoire et métamorphoses de 1917 à nos jours*, París, Ellipses Édition, 2006, p. 9.
- ⁵ Existe un trabajo pionero sobre el tema: O. SELIKTAR, *Politics, Paradigms and Intelligence Failures: Why So Few Predicted the Collapse of the Soviet Union?*, Nueva York, M. E. Sharpe, 2004.

⁶ R. CONQUEST, *The Great Terror: A Reassessment*, Oxford, Oxford University Press, 1991.

⁷ Utilizo aquí la expresión que pertenece al historiador ruso Vadim Rogovin, que tituló así uno de sus libros: Vadim V. ROGOVIN, *Pártia rasstrélianyx (El Partido de los fusilados)*, Moscú, 1997. Se trata de una expresión muy acertada, ya que en palabras de otros historiadores: «El terror permitió modificar profundamente la composición social del partido: los viejos bolcheviques habían sido totalmente exterminados. Así, en el XVIII Congreso (1939) sólo el 8,1 % de los delegados eran antiguos combatientes de la guerra civil contra el 75% en 1934; el 43% de los participantes entraron en el partido después de 1929, mientras que en 1934 constituían el 2,1%». Cito por T. TER MINASSIAN y J. R. RAVIOT, *La civilisation soviétique...*, p. 34.

⁸ En el Comité Central de PCUS elegido por el XIX Congreso del Partido (1952) los *vydvizhentsy* constituían el 36%, según los datos que Sheila FITZPATRICK cita en su libro *The Cultural Front. Power and Cultura in Revolutionary Russia*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1992, p. 179. Tras la muerte de Stalin, algunos miembros de la vieja guardia fueron alejados del poder, y la generación de *vydvizhentsy* pudo beneficiarse de la desestalinización, como lo había hecho, de las purgas. Nikita Krushev pertenecía al millón de *vydvizhentsy* enviados por el Partido a estudiar a la universidad a finales de los años veinte. En 1931 se graduó en la Academia Industrial de Moscú. Sin embargo, él era mayor que la media de los *vydvizhentsy* (Krushev nació en 1894, mientras que la mayoría de los «promocionados» nacieron entre 1901 y 1910), combatió en la guerra civil como comisario político, y, por lo tanto, formó parte de la generación de la guerra civil.

⁹ Es la expresión del hijo de un militar desaparecido en el torbellino sanguinario de las purgas: A. A. LEVIN, *Pereitye krylia (Alas rotas)*, Moscú, 1996, p. 34.

¹⁰ Nikolai MITROJIN, *Rússkaia pártiia: dvizhenie rússkix natsionalistov v SSSR. 1953-1985 gody (Partido ruso: movimiento de los nacionalistas rusos en la URSS. Los años 1953-1985)*, Moscú, Biblioteka Neprikosnovennogo zapasa, 2003.

¹¹ Véase: *Akademicheskoe delo 1929-1931. Dokumenty i materialy slédstvennogo dela, sfabrikóvannogo OGPU (Causa académica 1929-1931. Documentos y materiales de la causa académica, fabricada por el OGPU)*.

¹² Sólo un ejemplo: Khrushev indicó que en las obras dedicadas a la Revolución y a la Guerra Civil el papel de Stalin se representaba como fundamental, mientras que el de Lenin se describía como subordinado. «Todo ello debe ser revisado de una forma decidida para que en la historia, en la literatura, en las obras de arte quedase reflejado de una forma correcta el papel de V. I. Lenin, junto con las grandes proezas de nuestro Partido Comunista y el pueblo soviético, el pueblo-creador. (...) Recuperar y aplicar de una forma consecuente en todo el trabajo ideológico las tesis más importantes del marxismo-leninismo sobre el pueblo como creador de la historia, como productor de todas las riquezas

- materiales y espirituales de la humanidad...». Cito por *Izvestia TSK KPSS*, 1989, n.º 3.
- ¹³ El admirante Kolchak y el general Kornílov fueron los líderes del movimiento blanco opuesto en la guerra civil rusa a los rojos. Cito por Nikolái MITRÓJIN, «Etnonacionalistícheskaya mitología v sovétskom partiíno-gosudárstvennom apparate» (Mitología etnonacionalista en el aparato de partido y de estado soviético), *Otchéstvennyye zapiski*, 2002, n.º 3 (4).
- ¹⁴ El extraordinario «renacimiento» cultural que había empezado en Rusia a principios del siglo XX suele recibir el nombre de «Edad de Plata». Este renacimiento cultural se prolongó, a pesar de las persecuciones de la *intelligentsia* y emigraciones masivas de sus representantes, todavía en la década de 1920. En los años treinta el régimen de Stalin acabó con toda manifestación cultural alternativa.
- ¹⁵ Lidia GUINZBURG, *Zapisnye knizhki. Vospominania. Esse (Agendas, memorias y ensayos)*, San Petersburgo, Iskusstvo, 2002, pp. 222-223.
- ¹⁶ Valeri POPOV, «Krysha (El Tejado)», *Pchela*, 1999, n.º 6.
- ¹⁷ Los apoyos a los liberales en las más altas estructuras del Partido Comunista están estudiados en el libro de Robert D. ENGLISH, *Russia and the Idea of the West*, Nueva York, Columbia University Press, 2000. Nikolái MITRÓJIN hace lo mismo en relación con los patriotas en su monografía *Rússkaia pártiia: dvizhenie rússkix natsionalistov v SSSR.1953-1985 gody (Partido ruso: movimiento de los nacionalistas rusos en la URSS. Los años 1953-1985)*, Moscú, Biblioteka Neprikosnovennogo zapasa, 2003.
- ¹⁸ En la canción «El horizonte» de Vladímir Vysotski el protagonista se preguntaba si era posible «ensanchar los horizontes» y se precipitaba a hacerlo «hasta que no aprieten las tuercas», porque en determinadas condiciones «un grano de arena tiene la fuerza de una bala».
- ¹⁹ Cito por Nikolái MITRÓJIN «Sanitary sovetskoi literatury (Control sanitario de la literatura soviética)», *Nóvoe literatúrnoe obozrenie*, n.º 82, 2006. He consultado la versión electrónica de la revista.
- ²⁰ Lidia CHUKOVSKAIA, «Ne kazn, no mysl. No slovo (No una ejecución, sino una idea. Una palabra)», *Sochinénia v dvux tomakh*, v. 2, Moscú, Gudial-Press, 2000, pp. 156-157.
- ²¹ El historiador Alexandr M. NEKRICH publicó en 1966 el libro *22 iunia 1941 goda (22 de junio de 1941) /en la madrugada de aquel día la URSS había sido atacada por la Alemania nazi y entró en la Segunda Guerra Mundial/, en el que cuestionó la competencia de Stalin como jefe militar. El libro fue criticado, prohibido y su autor expulsado del Partido Comunista. Tres años más tarde, en 1969, algo parecido le sucedió al historiador Mijail Ya. GUÉFTER tras la publicación del libro *Istoricheskaia náuka i nékotorye voprosy sovremennosti (Ciencia histórica y algunos problemas de la actualidad)*.*
- ²² Esta historiadora norteamericana cita una larga lista de *vydvizhentsy* que formaban parte del Comité Central durante los años de Brezhnev, quien también pertenecía a esta cohorte. Véase Sheila FITZPATRICK, *The Cultural Front. Power and Cultura in Revolutionary Russia*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1992, p. 179, n.º 87.
- ²³ R. D. ENGLISH, *Russian and the Idea of the West. Gorbachev, intellectuals and the End of the Cold War*, Nueva York, Columbia University Press, 2000.
- ²⁴ Gleb Pavloski, antiguo disidente y editor de una revista radical en los años de la perestroika, caracterizó así aquella época en un artículo escrito en 1991: «En aquellos ‘años del estancamiento’, (...) se realizó un trabajo interior intensísimo, un trabajo que Rusia no había conocido desde la ‘década maravillosa’ de 1830-1840 (la década que había sentado las líneas principales de la cultura rusa); en nuestro segundo siglo de oro, la década de 1960-1970, se selló el organismo ético de nuestra historia con la aparición del hombre libre en Rusia, un hombre libre no en singular, como había sido con Alexandr Pushkin [Pavlovski se refiere al poeta nacional ruso, a quien el pensador V. Belinski llamó «el único hombre libre en Rusia» – O.N.], sino toda una pléyade de personalidades y destinos, una constelación de caracteres firmísimos, que se habían forjado en la extraordinaria –para este país– idea de la no violencia.» Cito por la revista *Vek XX i mir*, n.º 4, 1990.
- ²⁵ Maria FERRETTI, «Rassroistvo pamiati: Rossiia i staliniizm (Una memoria enferma: Rusia y el estalinismo)», *Publikátsii Fonda «Libed’naia míssiia»*, 24.12.2002.
- ²⁶ En palabras del disidente y filósofo Alexandr Zinóviev: «Casi veinte millones de comunistas, de miembros de Partido, que en el momento de ser aceptados debieron jurar que defenderían las ideas del marxismo, del comunismo, hasta la última gota de su sangre, no vertieron ni una sola gota por ellas. El Partido desapareció como si nunca hubiera existido.» Cito por A. ZINÓVIEV, «Postsovietizm («El postsovietismo»), publicada en la web intelectual «Polit.ru»: <http://polit.ru/lectures/2005/09/21/psizm.html>.
- ²⁷ Un proceso similar tuvo lugar en aquellos años también en otros países europeos. Véase, por ejemplo, sobre la experiencia francesa el artículo de Pierre NORA, «Vsemírnoe torzhestvó pámiati» («El triunfo universal de la memoria»), *Transit*, 2002, n.º 22.
- ²⁸ Las novelas de los llamados «escritores rurales», como V. Rasputin, V. Belov y otros, así como algunos cuentos de A. Solzhenitsyn (por ejemplo, *La casa de Matriona*), dedicados a la reconstrucción del desaparecido mundo rural, gozaron de una popularidad extraordinaria en las décadas de 1970 y 1980. El libro de V. Chivilijin, cuyo significativo título *Memoria* (1978) hacía alusión a la memoria popular como alternativa a la historia oficial, también disfrutó de un enorme éxito.
- ²⁹ Sus puntos de vista se aproximaban mucho más a los de un grupo de escritores próximos al trono de Nicolás I que se distinguieron por su apoyo a la política estatal y sus posturas ultranacionalistas. N. Riazanovsky llamó a este fenómeno «nacionalidad oficial». Nicholas RIAZANOVSKY, *Nicholas I and official nationality in Russia, 1825-1855*, Londres, University of California Press, 1959.

- ³⁰ Véase el mencionado libro de R. D. ENGLISH, *Russia and the Idea of the West...*
- ³¹ Alexei YURCHAK discute otros «nichos» similares en varios capítulos de su libro *Everything was forever, until it was no more*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2006.
- ³² Véase sobre el tema: B. ANDERSON, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991.
- ³³ Maurice HALBWACHS, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, 1925.
- ³⁴ Pierre NORA, «Mémoire collective», en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel, *La nouvelle histoire*, París, 1978, pp. 398-401.
- ³⁵ Hay muchas ediciones de esta obra. Una de las más recientes es la siguiente: A. I. SOLZHENITSYN, *The Gulag Archipelago: 1918-1955: An Experiment in Literary Investigation*, Nueva York, Harper Perennial Modern Classics, 2002.
- ³⁶ Un ejemplo curioso del abandono de esta lógica fue el cambio de nombre de una calle de Kiev que tuvo lugar a finales de la década de 1970. En los años veinte la calle en cuestión había sido rebautizada con el nombre de «Víctimas de la Revolución». Naturalmente, los autores de esta denominación se referían a los revolucionarios caídos en la lucha contra el zarismo y el Gobierno Provisional, pero cincuenta años más tarde este nombre ya se percibía de otra manera: muchos decían, medio en broma, medio en serio, que la calle estaba dedicada a las víctimas de las represalias estalinistas. Al final llegó una orden firmada por el dirigente comunista local en la que se sugería la necesidad de cambiar el nombre de la calle debido a que resultaba «ambiguo». Una argumentación reveladora que demuestra que incluso la élite comunista había dejado de compartir la versión oficial de los hechos históricos.
- ³⁷ El término «holocausto» se traducía tradicionalmente al ruso como «genocidio» (*guenotsid*).
- ³⁸ H. WELZER, «Istoria, pámiat i sovreménnost próshlogo. Pámiat kak arena politícheskoi bor'by» («La historia, la memoria y la actualidad del pasado. La memoria como escenario de la lucha política»), *Neprikosnovennyi zapas*, n.º 40-41 (1-2-2005).
- ³⁹ Los datos sobre las tiradas se citan según una publicación de la época: «Ob itógax podpiski na tsentrál'nye gazety i zhurnaly (Sobre los datos finales de la suscripción de los periódicos y las revistas principales)», *Izvestia TSK KPSS*, 1989, n.º 1, p. 139.
- ⁴⁰ Hablando del estancamiento, el historiador francés Nicolas Werth dice que tanto dentro del sistema soviético como dentro del occidental «las imágenes ocultaban los mismos fenómenos: la existencia de un tejido social en plena evolución (...), de contra-culturas que contribuían a formar los espíritus, las actitudes y las expectativas». Nicolas WERTH, *Histoire de l'Union soviétique*, París, PUF, 1ª ed., 1990, p. 511. Cito por Taline TER MINASSIAN y Jean Robert RAVIOT, *La civilisation soviétique*, París, Ellipses, 2006, p. 91.
- ⁴¹ Mijaíl Gorbachev se apoyó en la fina capa de los más altos dirigentes del partido, y de la KGB, que deseaban el cambio, así como en la tecnocracia económica e industrial que consideraba que la apertura del país les sería favorable. También los medios de comunicación querían el cambio: los intelectuales pensaban que la nueva política de Gorbachev les permitiría erigirse en figuras políticas y abandonar las polémicas puramente teóricas de la zona gris.
- ⁴² Vladimir LAKSHÍN, «V kilvátère (Siguiendo la estela)», *Ogonek*, 1988, n.º 26, p. 10.
- ⁴³ Michael URBAN, en el segundo capítulo de su libro *The Rebirth of politics in Russia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, menciona impresionantes ejemplos de la simpatía e interés que manifestaban ciertos círculos del KGB hacia las ideas de los disidentes. Robert D. ENGLISH, en el libro que citamos arriba *Russia and...*, describe a los partidarios de las ideas alternativas que formaban parte del Comité Central de PCUS.
- ⁴⁴ Esta peculiar forma de oposición se encuentra a menudo en sociedades cuya organización política no estipula ninguna vía legal para expresar el descontento. Los últimos años de la monarquía en Francia, antes de la Revolución, estuvieron marcados por este tipo de oposición. La Rusia de los zares también la conoció: el célebre P. Kropotkin contó en sus memorias que en 1861 el gobernador de la ciudad de Tobolsk ofreció una comida, a la que acudieron todas las fuerzas vivas de la ciudad, en honor del revolucionario M. Mijáilov, que había llegado allí para cumplir condena por sus actividades subversivas. A. P. KROPOTKIN, *Zapiski revoliutsionera (Apuntes de un revolucionario)*, Moscú, Moskovskii rabochii, 1988, p. 186.
- ⁴⁵ He aquí una opinión típica de aquellos días. La escritora y la filóloga Lidia Guínzburg, que había pertenecido en su juventud, junto con Román Jakobson, a la brillante escuela de los «formalistas», para convertirse después en una de las más sugerentes observadoras de la sociedad soviética, escribió en 1987: «Es evidente que existen dos grupos: los 'rusitas' y los liberales. Estos grupos son desiguales por sus fuerzas y posibilidades, porque las ideas de los liberales no son atractivas para la masa popular, a diferencia de las ideas y la práctica eventual de los rusitas, por muy utopistas que fueran estos últimos». Llama la atención que incluso esta aguda analista se equivocase al respecto. Cito por L. GUINZBURG, *Zapisnye knizhki. Vospominania. Esse (Agendas, memoria, ensayos)*, San Petersburgo, Iskustvo- SPB, 2002, pp. 423-424.
- ⁴⁶ Yuri KARIÁKIN, «Ból'she sotsialisma (Más socialismo)», *Ogonek*, 1988, n.º 12, p. 19.
- ⁴⁷ El término «luto» utilizado en la historia de la memoria procede, como se sabe, del psicoanálisis, que lo interpreta como el periodo necesario para integrar una experiencia traumática individual. En la historia, término designa el proceso mediante el cual (según una afortunada formulación de Maria Ferretti) «el colectivo se reconcilia con su propio pasado y lo acepta, integrando

- la experiencia traumática de su historia en la memoria, sin silenciarlo ni olvidarlo». Cito por M. FERRETTI, *Ras-soistvo pamiati...*, pp. 6-7.
- ⁴⁸ Lidia GUÍNZBURG, *Zapisnye knizhki.Vospominánia. Esse* (Agendas, memorias, ensayos), San Petersburgo, 2002, p. 308.
- ⁴⁹ En Occidente se desconoce el profundo impacto de la «penitencia», incluso su mera existencia. Este desconocimiento se hizo patente durante las conmemoraciones del 60 aniversario de la victoria sobre el nazismo (mayo de 2005), cuando muchos medios occidentales reprocharon a Rusia no pedir públicamente perdón por haber firmado los protocolos secretos del pacto Molotov-Ribbentrop. Lo que se ignoraba es el hecho de que la participación soviética en esos acuerdos secretos había sido condenada oficialmente por el Soviet Supremo (órgano del poder máximo de la URSS) en 1989, y que entonces se ofrecieron excusas oficiales. Esta ignorancia no se limita al mundo mediático, sino que también la manifiestan los historiadores profesionales. Bruno Groppo, profesor del Centre National de la Recherche (París), colaborador de varias universidades de Europa y América y especialista en temas relacionados con la memoria traumática, reprochó a los rusos durante una conferencia pronunciada en Moscú el 17 de febrero de 2005 la ausencia de monumentos dedicados a las víctimas del terror estalinista. Los representantes de la organización Memorial presentes en su conferencia le informaron de que en la Federación Rusa existían unos 600 monumentos de este tipo. Véase el texto de la conferencia y la polémica alrededor de ella: <http://www.polit.ru/lectures/2005/02/25/groppo.html>.
- ⁵⁰ *Ibid.*, p.9.
- ⁵¹ E. CLOWES, S. D. KASSOW y J. L. WEST (eds.), *Between Tsar and People: Educated Society and the Quest for Public Identity in Late Imperial Russia*, Nueva Jersey, Princeton, 1991, p. 6.
- ⁵² Antes de la *perestroika* la imagen que de sí mismos tenían los soviéticos se basaba en la suposición de que la URSS era un país avanzado y con una organización social justa; a partir del año 1989 esta opinión se ha ido sustituyendo por la opuesta: la URSS era el estado más pobre y más injusto. Véase, por ejemplo, *Sovetski prostoi chelovek: Ópyt sotsiál'nogo portreta na rubezhé 90-j* (El hombre sencillo soviético: un intento del retrato social al final de la década de 1980), Moscú, 1993, p. 279.
- ⁵³ Cito por Orlando FIGES, «Private life in Stalin's Russia: Family Narratives, Memory and Oral History», publicado en www.yale.edu/macmillan/europeanstudies/memory607.html.
- ⁵⁴ Como una muestra de tal estado de ánimo véase el artículo de uno de los intelectuales más respetados y carismáticos de aquella época, Serguéi AVÉRINTSEV: «Kogdá ruká ne sozhmetsia v kulak (Cuando la mano renuncia a apretarse en puño)», *Vek XX i mir*, n.º 7, 1990.
- ⁵⁵ Cito (la traducción al castellano es mía – O.N.) la entrevista de Viacheslav Igrunov titulada «Chto takoe perestroika (¿Qué ha sido de la perestroika?)» que le fue ofrecida al doctorando de la Universidad Europea de Florencia Timur Atnashev el 17 de febrero de 2004; está publicada en la página personal de V. Igrunov: www.igrunov.ru.
- ⁵⁶ En este sentido, los ideólogos de Yeltsin siguieron el modelo clásico del abandono de la memoria. Algo parecido tuvo lugar en Francia después de la Revolución. En su estudio de las oraciones fúnebres dedicadas a la memoria de Luis XVI y María Antonieta: Martin Papenheim observó que en ellas la Revolución Francesa era representada como una tentación con la que unos falsos genios habían corrompido al pueblo. Las ideas de progreso o reforma eran un mal creado por la perfidia y la ambición de unos pocos. Véase M. PAPPENHEIM, «Les oraisons funébre de Louis XVI et Marie Antoinette des années 1814/1815/1816; la rhétorique expiatoire», *Saint-Denis ou le jugement dernier des rois, actes du colloque organisé par l'Université Paris VIII, l'Institut d'Histoire de la Révolution Française et le Comité du Bicentenaire de la Révolution à Saint-Denis du 2 au 4 février 1998*; París, 1993, pp. 315-323.
- ⁵⁷ Véase, por ejemplo, A. TSYPKO, «Joroshi li náshi printsipy?» («¿Son buenos nuestros principios?»), *Novyi mir*, 1990, n.º 4; R. PETROV, «Trétié soslovie, ili nichtozhénnyi kapital» («El tercer estado o el capital destruido»), *Ogonek*, 1990, n.º 27. Una de las películas más famosas de la época, *La Rusia que hemos perdido*, de S. GOVORUJIN, representaba la imagen de la Rusia prerrevolucionaria como un país idílico en el que los conflictos sociales nunca habían tenido lugar.
- ⁵⁸ Este mismo procedimiento para «aligerar» la carga de un pasado traumático se había ensayado previamente en España e Italia, «estados fascistas sin fascistas».
- ⁵⁹ Véase el artículo de H. WELTER antes citado, «Istoria, pámiat i sovreménnost próshlogo. Pamiat kak arena politicheskoi bor'by (La historia, la memoria y la actualidad del pasado. La memoria como el escenario de la lucha política)», *Neprikosnovennyi zapas*, n.º 40-41 (1-2-2005). Sobre la relación entre la modernidad y el Holocausto véase la obra clásica de Z. BAUMAN, *Modernity and the Holocaust*, Oxford, 1989.
- ⁶⁰ Véase el trabajo de María FERRETTI antes citado, «Ras-soistvo pamiati...», p. 17. Las cursivas y paréntesis son de M. Ferretti.
- ⁶¹ La prestigiosa revista *Novyi Mir* (2002, N 7 y 8) publicó un largo ensayo de Renata GÁLTSEVA, «Tiazhba o Ros-sii. Na rubezhé stoletii (Disputa sobre Rusia al filo de los siglos)», en el que esta conocida intelectual afirmaba que el genocidio del pueblo ruso supera el holocausto judío, y que los judíos habían sufrido menos que los rusos a lo largo de su historia. Esta extraña competencia sobre «quién ha sufrido más», que halló una clara expresión en el citado artículo, es característica del pensamiento conservador de la Rusia postsoviética, que enumera con apasionamiento los crímenes de estado de la época precedente, negando con la misma pasión la existencia de crímenes de estado y sufrimientos en el pasado zarista. He consultado la versión electrónica del artículo publicado en <http://magazines.russ.ru/no->

- vvi mi/2002/7/gal. html y <http://magazines.russ.ru/novy-mi/2002/8/galceva.html>.
- ⁶² Por supuesto, hubo intelectuales que percibieron este cambio y se opusieron a él. Véase el artículo de Victoria A. CHÁLIKOVA, «S. Leninym v bashke (Con Lenin en la cabeza)», *Vek XX i mir*, n.º 8, 1990.
- ⁶³ En respuesta, L. PIASHEVA comentó: «Aquí nos enfrentamos con la convicción secreta más importante de nuestros creadores del capitalismo de *nomenklatura*. Parece que es la primera vez que la vemos expresada de una forma tan clara. Al convertir a Rusia en un país de ladrones lo hicieron de una manera mucho más consciente de lo que habíamos creído.» Cito por *Nezavisimaya gazeta*, 16.XI. 1994. Por otro lado, V. Igrunov, en la entrevista que citamos arriba, recuerda la forma de argumentación de los ideólogos de Yeltsin: el cuerpo de directores de fábrica y burócratas comunistas es el que organiza la economía planificada, lo que permite catalogarlos como propietarios. ¿Qué es lo que les impide convertirse en «propietarios efectivos»? La ideología comunista. Entonces hay que destruir la ideología para convertirlos en propietarios de verdad y acabar con el régimen soviético. Igrunov concluye: «Se trataba de una ideología de entrega de la propiedad del Estado en manos de la *Nomenklatura*» Véase V. IGRUNOV, «¿Qué ha sido de la *perestroika*?», cit.
- ⁶⁴ Viacheslav Igrúnov explica cómo este cambio tan importante pudo pasar desapercibido: «Mire usted, ¿qué es lo que pasa aquí durante la *perestroika*? Toda la sociedad está de acuerdo en que no quiere seguir viviendo como antes. Pero tampoco sabe cómo se puede vivir de otra manera. La gente desea vivir como en Occidente, ser prósperos, quieren vivir como en la tele. Entonces, aquellos que les están haciendo vivir en la pobreza dicen: 'Si quieres vivir como en Europa, vota por nosotros'. Lo que no dicen es 'estamos a favor de que vosotros seáis pobres y nosotros ricos'. La gente no tiene una idea clara de qué está pasando, de qué es lo que debe pasar, la gente ha perdido toda ideología, todo está destruido. La derrota ideológica del comunismo tuvo como consecuencia una sociedad absolutamente amorfa». *Ibid.*
- ⁶⁵ E. Gaidar y A. Chubáis son los autores del proyecto de privatizaciones de la propiedad estatal realizado durante el Gobierno de Yeltsin. Chubáis fue el primer ministro de Yeltsin y, según investigaciones de periodistas independientes (véase el documental *Les oligarques: grandeur et décadence d'une élite russe* del director Alexander Gentelev transmitido por la cadena ARTE el 3 de enero de 2006), desempeñaba el papel de vínculo de Yeltsin con los oligarcas.
- ⁶⁶ Valeria Novodvórskaia fue disidente en la época soviética y durante la *perestroika* creó un grupo de oposición radical al comunismo. Es conocida en Occidente por sus denuncias de los crímenes del ejército ruso cometidos en la guerra de Chechenia y por su defensa del oligarca M. Jodorkovski.
- ⁶⁷ *Ibid.*
- ⁶⁸ Cito por Talien TER MINASSIAN y Jean Robert RA-VIOT, *La civilisation soviétique: de l'URSS a la Russie. De 1917 à nos jours*, Paris, Ellipses, 2006, p. 116.
- ⁶⁹ Cito por la entrevista de la escritora Svetlana ALÉXEEVICH, que escribió en 1993 un libro sobre los suicidios. Véase «My ustali zhit bez liubvi» («Estamos cansados vivir sin amor»), *Rossiiskaya Gazeta*, 4 de agosto de 2006.
- ⁷⁰ *Ibid.*, p. 120.
- ⁷¹ Prestamos esta definición del libro de Alexei YURCHAK, *Everything was forever, until it was no more*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2006, p. 31. Según Yurchak, a esta generación pertenecen individuos nacidos entre 1950 y principios de la década de 1970, los niños del periodo del estancamiento. A mediados de los 1980 constituían unos 90 millones de personas, un tercio de la población del país.
- ⁷² Véase *Politique Internationale*, n.º 98 (2002-3), *Courrier Internationale*, n.º 725 (23.IX.2004), *Gatallaxia liberalism* (240plan.ovh.net/~catallax/article.php?sid=633&mode=thread&order=0&thold=0 - 48k), o la versión sobre el tristemente famoso atentado terrorista de la escuela de Beslán (septiembre de 2004) publicada en una página islamista y en la que también se habla de Pavlovski: <http://quibla.net>.
- ⁷³ G. PAVLOVSKI, «Ditia zastoia (El niño del periodo del estancamiento)», *Vek XX i mir*, n.º 4, 1990.
- ⁷⁴ M. FERRETTI, *Rasstroistvo pamiati*, cit.
- ⁷⁵ A. LEVINSON, «Liudi molodýe za istoriu bez travm (Los jóvenes están por una historia no traumática)», *Novoe Literaturnoe Obozrenie*, n.º 36, 4/2004.
- ⁷⁶ Cito por el artículo de Elena YÁKOVLEVA y María SOKOLOVA, «Pribavlénie smuty (Confusión añadida)», *Rossiiskaia gazeta*, 4 de noviembre de 2004.
- ⁷⁷ Vladislav NAZÁROV, uno de los más prestigiosos historiadores de la Rusia de los siglos XVI-XVII, dedicó varios artículos e intervenciones a criticar el desconocimiento de la historia rusa que habían manifestado los parlamentarios rusos a la hora de elegir la fecha del 4 de noviembre. Véase su intervención el día 5 de noviembre de 2005 titulada «4 noiabriá: chto prázdnuít? (¿Qué se celebra el 4 de noviembre?)» en radio *Liberty*, publicada en el sitio de esta radio: www.svodoba.org/programs/TD/2005/TD.110505.asp. También su artículo «Chto búdut prázdnovat v Rossii 4 noiabria? (¿Qué van a celebrar en Rusia el 4 de noviembre?)», publicada en la revista de *Otechestvenye Zapiski*, 5, 2004.
- ⁷⁸ Valeri AVERIANOV, «Rassýpavshaia matreshka. Chast I. Itogui 4 noiabriá (Una muñaca rusa deshecha. Primera parte. Las conclusiones del 4 de noviembre)», *RpMonitor. Analiticheskii internet-zhurna*. Publicado en www.rpmonitor.ru/ru/detail_m.php?ID=1204.
- ⁷⁹ Cito por Yuri RUBTSOV, «Prázdnik kak ob'ekt udara v psixologicheskoi voiné (La fiesta como objeto de ataque en la guerra psicológica)», *Fond Strategicheskoi kultury*, 23-2-2007. La dirección de la publicación electrónica: www.fondsk.ru/article.php?id=589.
- ⁸⁰ Boris MIRÓNNOV, *Sotsiál'naia istoriia Rossii perioda imperii (XVIII- nachalo XX veka)*. Génesis lichnosti, demokraticheskoi semii, grazhdanskogo obshestva i pravovogo gosudarstva (Historia social de Rusia del periodo imperial (XVIII- co-

EL PASADO DEL PRESENTE

Olga Novikova

mienzos de XX). *Génesis de la personalidad, la familia democrática, la sociedad civil y el estado de derecho*. 2 vols., San Petersburgo, 1999, pp. 16-17. Cito por Alexandr SEMIÓNOV, «Trúdnii výbor istóricha: istorícheskaia pámiat, mifologíia i guenealogíia (Difícil elección de un historiador: la memoria histórica, la mitología y la genealogía)», *Neprikosnovennyi Zapas*, 2006, n.º 3 (47). El lector español probablemente se acordará de la fiebre «normalizadora» que se apoderó de ciertos historiadores y sociólogos en vísperas del aniversario de 1898, quienes nos explicaban que la Generación del 98 estaba equivocada, ya que España nunca había sido diferente de otros países de Europa, sino que era un país como los otros.

⁸¹ Elena YÁKOVLEVA, «Obzor krúglovo stolá po povodu

statii A. Solzhenitsyna «Razмышleniia nad Fevrál'skoi revolútsiiei (Resumen de la mesa redonda dedicada al artículo 'Reflexiones sobre la Revolución de Octubre' de A. Solzhenitsyn)», *Rossiiskaia Gazeta*, 27-2-2007.

⁸² Cito por el artículo «Istóriki obsuzhdáiut statiú Alexandra Solzhenitsyna (Los historiadores hablan sobre el artículo de Alexandr Solzhenitsyn)», *Rossiiskaya Gazeta*, 1-3-2007.

⁸³ Cito por el artículo «Ot anárxií k zhéstkoi vlasti (De la anarquía hacia un poder duro)», *Rossiiskaya Gazeta*, 28-2-2007.

⁸⁴ Anna ZAKÁTNOVA recogió las palabras de los participantes en su resumen de la mesa redonda «Kurs nachináushhego liberala (El curso del joven liberal)», publicada en *Rossiiskaya gazeta*, 15-3-2007.

